

Revista Histórica

Organo del Instituto Histórico del Perú

SUMARIO

Manuel Moreyra Paz-Soldán

INTRODUCCION A LAS BIOGRAFIAS DE LOS GENERALES
REPUBLICANOS DE DON MANUEL DE MENDIBURU

Manuel de Mendiburu

NOTICIAS BIOGRAFICAS DE LOS GENERALES QUE HA
TENIDO LA REPUBLICA PERUANA DESDE 1821

Juan Bromley Seminario

LA CIUDAD DE LIMA EN EL AÑO DE 1630

José Antonio del Busto Duthurburu

EL CAPITAN MELCHOR VERDUGO ENCOMENDERO DE
CAJAMARCA

Héctor López Martínez

EL PRIMER MOTIN DE FRANCISCO HERNANDEZ GIRON
(1550)

Raúl Rivera Serna

ASPECTOS DE LA ECONOMIA DURANTE EL PRIMER
GOBIERNO DEL MARISCAL DON AGUSTIN GAMARRA

Alberto Tauro

ESCRUTINIOS DE LIBROS Y DOCUMENTOS REFERENTES
A LA HISTORIA DEL PERU

T O M O X X I V

1959
Lima-Perú

JUNTA DIRECTIVA DEL INSTITUTO HISTORICO DEL PERU

Presidente:

Dr. Jorge Basadre

Primer Vice-Presidente:

Dr. Luis E. Valcárcel

Segundo Vice-Presidente:

R. P. Rubén Vargas Ugarte

Tesorero:

Dr. Félix Denegri Luna

Secretario:

Dr. Evaristo San Cristóbal

Pro-Secretario:

Dr. Alberto Tauro

Inspector del Archivo Nacional:

Dr. Pedro Ugarteche T.

Director de la Revista:

Ing. Manuel Moreyra Paz-Soldán

MIEMBROS DE NUMERO DEL INSTITUTO HISTORICO DEL PERU

Luis Álayza Paz-Soldán

Felipe Barreda Laos

Jorge Basadre Grohman

Victor Andrés Belaunde

Juan C. Bromley Seminario

Carlos Camprubí Alcázar

José Gabriel Cosío †

Victor L. Criado y Tejada †

Félix Denegri Luna

*, Luis Antonio Eguiguren

Guillermo Lohmann Villena

Juan Bautista de Lavalle

Rafael Loredo M.

Aurelio Miró-Quesada Sosa

Oscar Miró-Quesada Guerra

Manuel Moreyra Paz-Soldán

Jorge C. Muelle

Raúl Porras Barrenechea †

José Agustín de la Puente Candamo

Emilio Romero

Luis Alberto Sánchez

Evaristo San Cristóbal

Alberto Tauro

Ella Dumbar Temple

General Oscar N. Torres

Pedro Ugarteche Tizón

Luis E. Valcárcel

José M. Valega †

Rubén Vargas Ugarte

Pedro Villar Córdova

Revista Histórica

Organo del Instituto Histórico del Perú

MANUEL MOREYRA PAZ SOLDAN

DIRECTOR DE LA REVISTA

Volumen XXIV

EL INSTITUTO HISTORICO DEL PERU, no se hace responsable de las ideas y opiniones de sus apreciables colaboradores. El presente volumen XXIV (1959) de la Revista se honra al incluir y editar los manuscritos que dejara el célebre General Dn. Manuel de Mendiburu y que tituló "Ligeras Noticias Biográficas de los Generales que ha tenido la República Peruana desde 1821, año en que se proclamó su Independencia". Las notas que acompañan a los originales de Mendiburu, han sido elaboradas por el Dr. Félix Denegri Luna.

Introducción a las Biografías de los Generales Republicanos escritas por D. Manuel de Mendiburu

Por MANUEL MOREYRA PAZ-SOLDAN

Han permanecido inéditas por más de un siglo, las diecinueve biografías que escribiera Dn. Manuel de Mendiburu Bonet y que aparecen reunidas bajo el título siguiente: "*Ligeras Noticias Biográficas de los Generales que ha tenido la República Peruana desde 1821 año en que se proclamó su Independencia*". Esta importantísima contribución a nuestro pasado, ve la luz en la *Revista Histórica* por decisión de los herederos y nietos del célebre General los Señores: Manuel y Nicolás Mendiburu Mattos Topin y sus originales nos han sido entregados por intermedio del Sr. Félix Denegri Luna, promotor de muchísimos esfuerzos editoriales y generosos cometidos análogos, en bien del esclarecimiento o difusión de nuestro ayer tan relegado al olvido.

De los originales manuscritos que se conservan y que nuestra Revista publica íntegramente en este volumen todas las biografías menos una se han mantenido inéditas. La conocida, corresponde a la que dedicó al Mariscal Domingo Nieto y fue escrita con ocasión del primer aniversario de su muerte. Se insertó sin firma, en *El Comercio* de Lima, en la edición del 17 de febrero de 1845. Acredita su paternidad el propio autor, en sus "Memorias", que igualmente esperan su divulgación como fehaciente testimonio de inúmeros sucesos que sabemos allí se enjuician con nitidez y responsabilidad insospechables.

En los ensayos biográficos, que Mendiburu designa con modestia de ligeros apuntes, se hace la advertencia, que se refieren tan solo a los hechos públicos de los personajes por él retratados y de ninguna manera a las circunstancias privadas, por considerarlas ajetivas e innecesarias a la historia. Y abundando en el afán, de no mezclarse en los pormenores recónditos o íntimos que pudieran dañarles, expresa: que cuidadosamente se abstendrá de relatos que perjudiquen al carácter, las costumbres, la capacidad o los orígenes de las individualidades que reseña.

Pese a que de ordinario no califica ni emite juicios sobre los sucesos que va presentando, se infieren de ellos, por lógica interna, verdaderos retratos morales. Desnuda sin querer a los protagonistas. Se trasluce en medio del complejo de las acciones, la probidad o la malicie inspiradoras. Atribuyo por este singular aspecto, mérito y valor inapreciable a los relatos que nos ha legado Mendiburu. El linaje ético o el tono moral de los hombres que dibuja lo trasmite sin calificativos ni cabal intento, se genera esta impresión como de rebote que además trasunta o refleja su probidad y su honradez ingénitas.

Clasificados por nosotros en orden alfabético las diecinueve biografías corresponden a los siguientes personajes:

Juan Berindoaga y Palomares.— Pedro Pablo Bermudez Ascarza.— Juan Bautista Eléspuru Montes de Oca.— Agustín de Gamarra Messia.— Antonio Gutiérrez de La Fuente.— Tomás de Herez Rivero Morín.— José de La Mar y Cortazar.— Manuel de Llano Nájara.— Manuel M. Martínez de Aparicio y Zantalla.— Domingo Nieto Márquez.— Andrés de Santa Cruz Calahumana.— Felipe Santiago Salaverry y del Solar.— Francisco Salazar y Carrillo.— Juan Salazar y Carrillo.— Miguel de San Román y Meza.— José Bernardo Tagle y Portocarrero.— Juan Crisóstomo Torrico Gonzales.— José Pascual Vivero y Salaberría.— Manuel Ignacio Vivanco Iturralde.

Colabora en la presente edición Félix Denegri Luna. Como ya manifestamos, a él le debe la "Revista Histórica" el haber obtenido estos originales; además, a su publicación le da mérito y realce, la serie de notas que ha escrito y que van al pie de página de cada biografía. Su saber erudito de la etapa republicana, ha permitido que llene con justeza los blancos que figuran en los manuscritos sin duda a la espera del retoque definitivo que no logró cumplir Mendiburu. Estas lagunas las salva Denegri y para que no se confundan con los originales, aparecen como es de ordinario, entre corchetes.

En las biografías extensas —salvo tres casos— las correspondientes notas son las imprescindibles de complemento o aclaración al texto. Un criterio más liberal hubiese significado, extensión profusa e impropia. En las cortas, se verán algunas más dilatadas. Se justifican por referirse a militares menos visibles o poco conocidos y por tanto, los pormenores marginales cumplen cometido valioso. En conjunto, ofrecen sagaces observaciones, puntualizan la cronología descuidada, aluden con exactitud a leyes citadas vagamente, aclaran apellidos confundibles, traen oportuna bibliografía coetánea y moderna y nos ofrece apostillas de singular mérito, por la crítica rectificatoria en los casos pertinentes o la novedad de noticias a que aluden. Constituyen aporte que ha de modificar el juicio histórico, aquel que ha prevalecido por no incursionar con la

debida hondura en la documentación variada y sagaz que utiliza Dene-gri, como probanza de lo que enmienda o aclara.

Incluimos como anexos, los documentos hallados entre los **manus-**critos y que iba a utilizarlo Mendiburu para redactar su proyecto en torno al Mariscal José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete. Son de incuestionable interés, contribuirán al esclarecimiento de personaje tan sugestivo y maltratado. Entre las catorce piezas existentes, se hallan los resúmenes que formuló el mismo autor junto a dictámenes legales, decretos de la época, documentos administrativos desglosados de autos, actas secretas del Congreso, órdenes particulares y cartas privadas. Entre ellas es valiosa, la escrita por el mismo Riva-Agüero a su amigo Mendiburu, relatándole pasajes de su vida juvenil, la discurrida en Europa, antes de llegar al Perú y tornarse en figura básica del dramático y apasionante período de la Independencia.

Antes de realizar un somero análisis en torno a estas biografías republicanas, deseo rememorar, como homenaje a la gran figura del historiador Don Manuel de Mendiburu, un perfil de su vida política, de notable y honrada trayectoria en las primeras décadas del Perú republicano, señalando además, aunque muy de pasada, el servicio en verdad magnífico, que prestó al conocimiento del Virreinato, al través de los dos mil setecientos cincuenta artículos individualizados que constituyen el caudaloso aporte de su obra fundamental: "El Diccionario Histórico Biográfico del Perú, parte Primera que corresponde a la época de la Dominación Española"; obra en ocho volúmenes que se editó entre los años de 1876 a 1890, los cuatro primeros viviendo el autor y los restantes después de su muerte, bajo la dirección de su hijo Manuel y con el concurso de Ricardo Palma y de José Antonio de Lavalle.

ESBOZO BIOGRAFICO

El presente esbozo lo escribimos utilizando la rica información lograda por José de la Riva-Agüero y Osma. La dió, como antecedentes personales a la crítica de la labor histórica del célebre General y que publicó en 1910 en su notable tesis "La Historia en el Perú". A lo que allí descubre con quieto y elegante reposo, agregamos noticias familiares muy someras en él, nuevos datos y rectificaciones a algunos de sus juicios, cargados de tajante rigidez, a tono sin duda con la briosidad juvenil cuando fueron concebidos. Son extremosos, tanto cuando alaba, como duros e injustos —por exageración— al señalar deficiencias en las características intelectuales de su obra. Ciertas en el fondo pero abultadas en demasia, tal vez para equilibrar muchos elogios que

prodiga con arrebatado y sincero entusiasmo frente al hombre y a su acción.

Nació Don Manuel de Mendiburu en Lima, en la postrimería de la Colonia, durante el gobierno del Virrey Avilés, el 20 de octubre de 1805. Era hijo de Manuel de Mendiburu Orellana, Asesor del Tribunal del Consulado de Lima, Oidor honorario de la Real Audiencia del Cuzco desde 1812 y luego electo para la de Chile en 1817, cargo que no desempeñó, a causa de los levantamientos revolucionarios en esa Capitanía. Fue su madre, Doña Gertrudis Bonet y Pelaez del Junco, hija de Joaquín Bonet y Martínez de Abascal, Contador Mayor del Tribunal de Cuentas, Caballero de la Orden de Carlos III y de familia oriunda de Aragón. Su abuelo Don Miguel de Mendiburu, fue un acomodado comerciante Guipuzcuano que se avecindó en Lima, en la primera mitad del siglo XVIII.

La vocación militar de Mendiburu, parece que la sintió desde la infancia y es de suponerse naciera del ejemplo de dos de sus tíos. El hermano de su padre: Juan Manuel de Mendiburu Medrano, siguió la carrera de las armas, pasó a España en 1803, combatió a los franceses en diferentes campañas y defensas de plazas. En 1815, es designado Gobernador de Guayaquil. Hizo el viaje en la fragata "Consecuencia" la que fue apresada al frente del Callao, por la escuadrilla de Buenos Aires que al mando del Comodoro Brown, bloqueaba el litoral. Fue su penúltimo Gobernador español, de 1816 a 1820, sucediendo al Brigadier Juan Vasco y Pascual. La otra influencia procedió, de su tía carnal paterna: Andrea de Mendiburu. Casó con el militar vizcaíno, Francisco Javier de Mendizábal, Intendente de las minas de Huancavelica, Coronel de los ejércitos del Alto Perú a las órdenes de Pezuela, y en esas batallas asistió a los campos de Vilcapugio y de Viluma. En 1819, es nominado Brigadier y luego, hállase en la plaza del Callao y a poco retorna a la Península, ganando el grado de Mariscal de Campo y la Gran Cruz de San Hermenegildo. Culminó su carrera como Capitán General del Reino de Galicia. Sus diarios históricos, celebrados por su exactitud e imparcialidad, sirvieron después, a diversos escritores que trataron de los sucesos del Perú. Las vidas de ambos tíos, fueron ejemplo y evidente estímulo, de la vocación militar de nuestro biografiado.

Estudió de joven primero, en el Colegio Seminario Conciliar de Santo Toribio, de 1815 a 1818 y de ahí pasó al de San Fernando, y en éste bajo la dirección de Francisco Javier de Luna Pizarro. Finalizados sus estudios, trabajó de auxiliar en la Contaduría del Tribunal del Consulado, empleo que abandonó, sin duda entusiasmado por el partido de la Patria y de San Martín y en sus filas lo tenemos desde 1821, como Alférez de Caballería en el Ministerio de Guerra. Ya en calidad de Teniente y agregado al Estado Mayor, hizo la primera campaña de In-

termedios, luchando en las acciones de Torata y de Moquegua. Con el grado de Capitán figura en la segunda expedición a Intermedios en 1823, adjunto al Estado Mayor del General Andrés de Santa Cruz y se distinguió en la batalla de Zepita, (agosto de 1823).

De vuelta a Lima, el Presidente Torre-Tagle, le dio el mando de una compañía, en el escuadrón de su escolta. Perdidos el Real Felipe en febrero de 1824 y ocupada la capital por las tropas realistas y sometidas a ellas Torre-Tagle, su escolta, que se alejaba hacia Chancay para reunirse con el ejército patriota del norte, cambió de opinión y de regreso a Lima se entregó a los españoles. Mendiburu, oficial subalterno, no aprobó la conducta de sus jefes, los que marcharon rumbo a Jauja a unirse a Canterac. El, permaneció en la capital enfermo y luego salió de viaje a Arequipa, en donde estuvo al lado del Intendente Lavalle. A poco, en vez de haber seguido en la lucha junto a Bolívar, cometió el error, de organizar un viaje de paseo por el Brasil y España. En la Península, no traspasó de Gibraltar y de Cadiz y no quiso ir a visitar a su tío el Brigadier Mendizábal, quien lo incitó a incorporarse en el ejército español.

De retorno de Europa por la vía de Buenos Aires, se detuvo en Santiago de Chile y en esa capital, en 1826, contando tan solo veintiún años de edad contrajo su primer matrimonio con Margarita Rey y Riesco, hija de José Marcos Rey Silveira, casado con María del Carmen Riesco Puente. Su primera mujer perteneció a la misma familia que décadas más tarde daría un Presidente a Chile: Don Germán Riesco. En 1827, Mendiburu, con un hijo ya nacido: Eduardo, retornó al Perú, en momentos en que había desaparecido el poder de Bolívar y la constitución Vitalicia y regía Santa Cruz, encargado del mando por el Cabildo y los vecinos de Lima. Fué acogido con simpatía por éste y lo empleó en su secretaría privada.

Nuevamente se incorpora a la carrera militar, haciendo olvido de los servicios que prestó antes de su viaje, como en descargo de los sucesos de 1824, que podían señalarlo sospechoso por su inoportuna ida a Europa. Su laboriosidad e instrucción excepcionales, dieron pie a que ascendiese con rapidez, en época además fácil a progresos bruscos, y así en 1829 lo hallamos de Capitán ayudante del General en Jefe, Agustín Gamarra en la batalla del Portete de Tarqui. Continúa en filas en cargos de responsabilidad y en 1835, Salaverry lo elevó a Coronel, como premio a su adhesión comprobada. Y mandando el regimiento de Coraceros, dirigió la marcha de la caballería salaverrina por los arenales de la costa desde Ica y luego figura de jefe de la vanguardia, al comienzo de las operaciones sobre Arequipa, prefecto de esa ciudad por una semana y comandante de la quinta división en los célebres comba-

tes del puente de Uchumayo y de Socabaya del 3 al 7 de febrero de 1836.

Estas infortunadas campañas, en las que le cupo notable participación, indujeron a émulos y a enemigos en años posteriores el achacarle culpabilidad que no tuvo y hasta traidoras e infamantes convivencias con Santa Cruz. Procedieron en su origen, de articulistas anónimos que a raíz de los desgraciados sucesos, buscaban víctima a quien atribuir torpezas y desaciertos y estos despropósitos inculpadores, fueron recogidos años después, por plumas nacionales y extranjeras, con malévolas intención de dañarle en su fama. Mendiburu refutó los asertos en breve folleto editado en 1860 y con amplios pormenores los dilucida en sus "Memorias", cuyos originales leyó Riva-Agüero, de donde extrae y resume aquella defensa, que en opinión del crítico es inobjetable. Igualmente considera malévolas y falsas las imputaciones de Manuel Bilbao en su: "Historia de Salaverry" en donde el escritor chileno no desperdicia ocasión para difamarlo y hasta cita cartas apócrifas, con desvergonzadas alteraciones, las que ocasionando ruidoso escándalo, fueron rebatidas y puestas en claro, tanto, que el mismo Bilbao no se atrevió a conservarlas en la segunda edición del libro, la realizada en Buenos Aires en 1867.

Evidente prueba de la lealtad, puesta en duda por sus enemigos, que sintió Mendiburu a su amigo Salaverry, es el hecho de la conducta que observara durante la Confederación. Conspiró sin descanso en los dos años de ese gobierno. Rechazó indignado la propuesta de servir al Protector que le hizo el Ministro Galdeano. Sufrió prisiones en los calabozos del Callao y fué desterrado a Guayaquil, de donde pasó a Chile a unirse con los otros emigrados y volver con la expedición Restauradora de Gamarra y de Bulnes. Estos hechos muestran su patente honradez política y el absurdo de atribuirle cargos de traición. Riva-Agüero dedica párrafos extensísimos a anular esa difamación y expresa que lo hace: "por la maldita vitalidad de ciertas mentiras, de continuo refutadas y de continuo renacientes". Y agrega: "*que al estudiar la noble personalidad del General Mendiburu, cree deber inexcusable lavar la mancha con que la detracción, que ha salpicado su fango sobre todos nuestros políticos, procuró infamar la memoria de este hombre honrado, caballeresco y por tantos conceptos benemérito*".

Durante la Restauración, el General Gamarra lo nombró Oficial Mayor en el Ministerio de Guerra y por ausencia del titular —que lo era Ramón Castilla— se encargó varias veces de la cartera. Fue plenipotenciario del Perú, para ajustar las paces con Bolivia y firmó un ventajoso tratado preliminar en el Cuzco, con Gutiérrez, el representante de esa República. Adquirimos toda la orilla izquierda del Desaguadero, el pago de los gastos de guerra y el establecimiento de una adua-

na común en Arica. Luego, pasó como Prefecto a Tacna, departamento recién creado al que se unían las provincias de Moquegua y de Tarapacá. Lució en ese cargo sus habilidades de administrador y funcionario progresista mas la revolución de Vivanco de 1841 lo envolvió, perturbándose las útiles tareas en que andaba empeñado. Lo desposeyeron de la prefectura a los pocos días, pero un movimiento popular lo renuso y renació la tranquilidad al llegar las noticias del combate de Cuelillas del 6 de abril, a consecuencia del cual, Vivanco huyó con dirección a Moquegua y amenazado por Gamarra desde Arica, tuvo que refugiarse en Bolivia con los restos de hombres y cabecillas de la llamada revolución "Regeneradora".

A poco se presentaría la infausta intervención en Bolivia, en contra de los planes de Santa Cruz enemigo jurado de Gamarra. Este, nombró a Mendiburu su secretario general y en esta condición lo acompañó en toda la campaña, la que finalizó en el desgraciado encuentro de Ingavi, del 17 de noviembre de 1841. La muerte de Gamarra, la prematura retirada de San Román, quien en su fuga cortó el puente sobre el Desaguadero, lo que impidió el camino de Puno, cerrando para el grueso del ejército peruano la salida por esa provincia, dieron como resultado, la derrota más completa de nuestras tropas. Mendiburu, con otros muchos militares, pudo salvarse por el camino de Oruro con grandes riesgos, por la indisciplina de la tropa entregada al saqueo.

Vuelto a Lima, pidió refuerzos para atacar a los bolivianos mas no los pudo conseguir. Retornó a Moquegua y desde allí levantó montoneras, recuperando el valle de Sama e inquietó sin descanso al enemigo. El valor y el empeño de salvar al Perú, en esos momentos de anarquía militar y de ignominioso desconcierto, son en Mendiburu notables. Se reencargó de nuevo de la Prefectura de Tacna, y unido con Nieto, pudo formar un ejército de mil hombres que defendió el territorio de Moquegua, hasta la paz firmada por mediación de Chile, el 7 de julio de 1842. Siguió a ésta, el vergonzoso periodo de la Anarquía militar y desgraciadamente tuvo el error, de aceptar los ministerios de Guerra y de Hacienda que le ofreció Torrico, los que duraron poco, pues la batalla de Agua Santa, anuló a este efímero régimen.

En los seis meses de gobierno del General Vidal, vivió apartado de la política y se dedicó a la agricultura. De tal retiro vino a sacarlo una orden de destierro para Chile, que dictó Vivanco en su contra. El Supremo Director comenzó a expatriar a cuantos imaginaba contrarios a su nuevo sistema. Los de Chile organizaron la revolución para derrocarlo y en ella intervino Mendiburu. Desembarcaron en Arica, pasaron a Tacna, Castilla se sublevó en Tarapacá y nuestro biografiado se dirigió a Chile como agente de la junta subversiva; mientras tanto, los triunfos progresivos. Vencedores en Pachia y en San Antonio y

aún antes de la derrota de Vivanco en Carmen Alto de 22 de julio de 1844, ya Eliás en la capital se pronunció por el restablecimiento de la constitución de Huancayo y llamó a los desterrados. Mendiburu volvió acompañando a Manuel de Menéndez y cuando reasumió el mando, en octubre de 1844, lo nominó su Ministro de Hacienda. Fue el principal inspirador de su corto gobierno, dictando valiosas disposiciones para ordenar y moralizar la administración, tan relajada durante los años de la Anarquía.

Sirvió a Castilla durante su primer gobierno en los altos puestos de su ministro de Guerra en 1845, en su desempeño, se reorganizó al ejército, se extirparon corruptelas y se comenzó la reforma de las ordenanzas y la recomposición de la marina. Habiéndose forjado por manejos de San Román en el sur de la República, propósitos de alzamientos, Castilla, encomendó a Mendiburu dirigirse a esos departamentos con secretas instrucciones, a fin de aquietar los ánimos y supo disipar el peligro, separando a los sospechosos sin ruidos ni agitaciones. Retornó, luego de esa delicada misión, a Lima y por necesidades políticas, cambió de ministerio, tomando el de Hacienda, al que sirvió brevemente, por una dolencia grave que le aquejó.

Restablecido del mal y a mediados de 1847, entró a formar parte del Consejo de Estado en cumplimiento de mandato del Congreso. Su participación en este cuerpo fué decisiva en los debates y alcanzó a ser su presidente. De sus gestiones se recuerda un notable informe, en contra del presupuesto formulado por Manuel del Río. En esa época redactó el proyecto de "Ordenanzas Militares" muy alabado por el Presidente Castilla y a raíz de aquel trabajo, se le designó Inspector y Comandante General de Artillería, arma que hallábase decaída y en nulidad completa. Castilla, al final de su gobierno, lo presentó al Congreso para la clase de general de brigada y éste lo eligió por casi unanimidad, en premio de los servicios a favor del orden legítimo y recordando sus eminentes calidades de organizador del ejército.

José Rufino Echenique, sucesor legítimo de Castilla, tuvo a bien llevarlo como su Ministro de Hacienda y en esa cartera tropezó en desgraciada suerte, con el difícil y agitado problema de la consolidación de la deuda interna. Se opuso al torrente de pretensiones temerarias e hizo cuanto pudo por moderar las imprudentes leyes de la Consolidación y sus desaprensivas ejecuciones. En setiembre de 1852, partió para Inglaterra, con el cargo de Ministro Plenipotenciario y con la misión específica de arreglar las demandas que gravitaban sobre la Deuda Externa. Pudo reducir las exorbitantes reclamaciones que pesaban sobre el país, prevalidos de la ambigüedad de términos con que se redactó la Convención de 1849 y las evitó celebrando un nuevo empréstito por 2 millones 600 mil libras esterlinas, con lo que, se convirtió a favorable

tipo la deuda Anglo-Peruana y pudo cancelarse los dos millones de pesos reclamados por Chile. Las pasiones políticas del momento muy encendidas, gritaron en contra de ese arreglo, tergiversando los términos bonancibles que ofrecían, para con ello enrostrar como malos los actos del gobierno de Echenique e infamar a sus amigos y colaboradores. Mendiburu replicó a los cargos que le lanzara Domingo Elías en sus célebres Cartas, con una briosa y honesta exposición. Y de nuevo en el Perú, a fines de 1853 se reencargó, tanto, del Ministerio de Hacienda, como de la Comandancia General de Artillería.

La tremenda revolución de 1854 en contra del régimen de Echenique, en la que se confabularon todos sus enemigos: Elías, Vivanco, el Presidente boliviano Belzú y que Castilla usufructuaria en definitiva, obligó a Mendiburu siguiendo su proceder leal a defender al gobierno legalmente constituido, compartiendo en todos los peligros que significaba el sostenerlo en circunstancias tan graves. Iniciada la revuelta, dejó el Ministerio de Hacienda, para asumir desde mayo de 1854 la jefatura del Estado Mayor y la Secretaría General de la expedición al interior, la que partió bajo el mando directo del propio Echenique. Fue desacertada y grave la lentitud e inercia de éste en esa campaña. Mendiburu, renunció a sus cargos militares, por desacuerdo con la táctica errónea seguida por Echenique y los métodos empleados por el círculo del General Torrico, candidato oficial a la Presidencia. En los días anteriores a la batalla de La Palma, se puso al frente de la artillería y en la propia batalla, mandó en persona a los escuadrones de la caballería, para amagar así a la retaguardia del ejército revolucionario, maniobra que resultó inútil, por la precipitada conducta del General Pezet, quien sin acomodarse a los nuevos movimientos del enemigo, se estrelló con desacierto inmenso, contra las fuerzas muy bien emplazadas del General Castilla.

Victoriosa la revolución, desterró a Mendiburu y alejado de la Patria se refugió en Chile, radicándose en el puerto de Valparaíso. Allí no estuvo unido con los otros proscritos, que anhelaban nuevas tentativas revolucionarias y abandonó esa residencia, cuando a fines de 1856 se decretó en el Perú la amnistía general. Llegado a Lima, permaneció apartado de toda actividad durante el predominio de los liberales. En esa época fue reinscrito en el escalafón militar. Cuando Castilla rompió con los liberales y se acercó a los conservadores, Mendiburu se amistó con él y convocada la asamblea constituyente de 1860, vino como diputado representando a la provincia de Quispicanchis. Fue elegido Vice-Presidente del Congreso y por renuncia de Bartolomé Herrera, presidió a la asamblea durante los debates que dictaron la importante constitución del 60. Se mostró en sus opiniones tajantemente conservador, las que le concitaron agrias enemistades en el sector izquierdista, las que se tornaron muy visibles, cuando sus amigos dieron su nombre, co-

mo posible candidato a la Presidencia de la República. Fue blanco de repetidos ataques por la prensa y su impopularidad se hizo considerable en momento en el que, el nuevo mandatario San Román, pretendió confiarle la formación del primer gabinete de su gobierno. La gritería periodística que encabezó Quimper y sus seguidores, obligaron a San Román a desistir en sus ofertas.

Hallándose en Chile, sufriendo el destierro que le vino luego del desastre de La Palma y desde 1855, comenzó Mendiburu a ir acarreando los materiales históricos, para su inmenso proyecto de reconstruir a los principales personajes de la Colonia y de la vida republicana. Desde su retorno al Perú a fines de 1857, los tiempos libres los dedicaba a esa magna empresa, que compartía con sus funciones parlamentarias entre cuyos miembros ejerció incuestionable influencia. De esta laboriosa calma, le vinieron a sacar los sucesos que se produjeron a raíz de la muerte del General San Román, los derivados de la expedición española de Pinzon y su lealtad a Juan Antonio Pezet, pese a que con él difería grandemente de criterio. La revolución triunfante de Mariano Ignacio Prado, le impuso nuevo ostracismo, pasado esta vez en Guayaquil; allí permaneció tres años del 65 al 67. Aquel obligado retiro lo empleó en redactar muchas páginas de su Diccionario Biográfico y de sus "Memorias".

Las pasiones políticas tan exaltadas en la revolución del 65, se vengaron de él, borrándolo del escalafón militar, pero es reincorporado y con todos los honores, luego de la caída de Prado y a fines de 1867 retornaba a Lima. Desde este año puede decirse, que había finalizado la hasta entonces activísima carrera política y militar y preferentemente dedicó su tiempo a la ciclópea obra de historiador. Fruto de aquel esfuerzo, seis años después, en 1874 apareció el primer tomo del "*Diccionario Histórico Biográfico del Perú*" y los otros siguientes en 1876, 1878 y 1880. Su actividad verdaderamente extraordinaria le dió tiempo para distraer horas fecundas en otros menesteres. Realizó un proyecto que había acariciado desde 1850 y lo cumplió veinte años más tarde: la reforma de la utilísima "Escuela de Artes y Oficios", de la que fue su Director hasta su destrucción y clausura por la aciaga guerra del Pacífico. Además, desde 1872 perteneció a la "Junta Consultiva del Ministerio de Guerra". Y en calidad de Presidente de la "Junta Reformadora de las Ordenanzas Militares", elaboró en 1878, el proyecto de las nuevas, adicionándolo con un minucioso informe.

Era ya hombre anciano, pues contaba a la sazón setenticinco años de edad, cuando Chile declaró la guerra al Perú, no obstante esa grave limitación, fué designado General en Jefe del Ejército de Reserva. El Presidente Luis La Puerta, por ausencia de Prado le encomendó el Ministerio de Guerra y la Presidencia del Consejo. Hizo cuanto pudo

para defender al país en momento tan trágico. Disentimientos con los miembros del Gabinete, lo obligaron a presentar renuncia en octubre de 1879, dos meses antes que Piérola, se proclamase Jefe Supremo. Procuró ante todo la defensa de Lima y lo acusaron de no haber dado preferencia al ejército del sur.

En descargo de tal criterio, conviene tener en cuenta, las razones que aduce tanto en la Memoria de "Guerra y Marina" de agosto de 1879 como, en el Manifiesto a la Nación, documento que permanece inédito, como tantos otros suyos. La Dictadura, desorganizó sus planes militares de defensa y como testigo mudo, contempló el desastre de Miraflores, que él había previsto. Al día siguiente de la derrota de San Juan, fué llamado a una Junta de Guerra y en ella propuso fortalecer con artillería, los lados débiles que presentaba la larguísima línea que iba desde Miraflores a Vásquez. Su parecer no fué seguido y el enemigo penetró precisamente, por los indefensos espacios entre los reducidos. Consumado el desastre, se refugió en sus estudios históricos, tratando de olvidar con ellos, la amargura y el resquemor que a su dignidad patriótica y de viejo militar le producía la ocupación chilena. Falleció cerca de cumplir los ochenta años, el 21 de enero de 1885 y durante el gobierno de Miguel Iglesias.

La figura moral de Mendiburu, la ha trazado magistralmente José de la Riva-Agüero y fluye con nitidez cuando se acerca uno al panorama de su acción. Contrasta su lealtad, su hidalga honradez y su constante amor a la disciplina y al orden, con el turbio proceder, de muchos de los hombres, con los que se codeó durante las primeras décadas del Perú republicano, tan convulsionado por bastardas ambiciones que desquiciaban a la sociedad y la anarquizaban de continuo. Fue siempre, respetuoso y perpétuo servidor de la legalidad y en las horas de peligro, se halló al lado del honor, dejando toda conveniencia con riesgo constante de su vida. No dudó en plegarse a los caídos, en el turbión oscilante de nuestras guerras civiles, cosechando por su actitud, proscripciones, amarguras e insidiosas calumnias y hasta en varias ocasiones le borraron de su categoría militar limpiamente ganada. Se ha repetido por tal proceder que asumió el nobilísimo papel "de cortesano de la desgracia", mejor se diría que se unió al infortunio, no por azar, sino por conciente impulso, por voluntad inflexible y hasta con terquedad heroica, cuando mediaba su deber.

Hombre de fina y arrogante figura y de muy clara inteligencia, tuvo como característica en el orden intelectual-volitivo, una laboriosidad en grado eminentísimo. La desarrolló, tanto en las actividades propias de su profesión militar, desde el ángulo teórico, como en los menesteres administrativos y de organización práctica. Su metódico trabajo, bien lo demuestra el prodigioso monumento de erudición que se llama "Diccionario Histórico Biográfico del Perú", recuento extensísimo de

los principales sucesos que acaecieron en la época del Virreinato, colacionados en centenares de perfiles humanos, que por razones múltiples imprimieron huella en el ayer. En ese tejido de vidas ilustres, en cada ocasión pertinente enseña: troncos genealógicos, costumbres peculiares, legislación vigente, instituciones, viajeros y los hechos culminantes.

De no haberlos recogido Mendiburu, hubieran quedado en olvido. Sin su esfuerzo noche densa pesaría sobre gran parte de la historia del Perú. Su búsqueda fue impropia, revisó cantidad grande de impresos que nos legó la Colonia e inquirió en los manuscritos más visibles: expedientes administrativos o notariales, títulos de propiedad urbana o rústica, documentos conventuales, actas del Cabildo, del Consulado y de otras instituciones básicas de la organización virreínicia y que se hallaban en el Perú.

Además del citado Diccionario, de las diecinueve biografías de generales republicanos, que se conservaban hasta ahora inéditas y que se van a publicar, con más de un siglo de haber sido escritas, ha dejado sus "Memorias" extensísimo material manuscrito, que comprende miles de páginas y que desgraciadamente para la historia aún se hallan sin editar. No olvidemos también que a su fecunda pluma se deben decenas de opúsculos como: memorias administrativas de los importantes cargos públicos que desempeñó, informes particulares sobre temas solicitados, folletos de refutación o de descargo ante las calumniosas ofensas que le prodigaron sus enemigos; proyectos de ordenanzas, estudios militares y tablas técnicas.

Recordemos que a más de estos impresos conserva su familia legajos manuscritos como: el compendio histórico de las guerras de la Independencia en la parte militar; la incorporación de Guayaquil a la República de Colombia; sobre la creación de la República de Bolivia; el manifiesto a la nación como Ministro de Guerra y Marina, en los cinco primeros meses de la contienda con Chile; sobre las Dictaduras y desgracias militares en el Perú en la guerra con Chile; la Historia de la Artillería en el Perú y Pensamientos sobre Moral, Política, Historia y Costumbres.

La crítica sobre las calidades de Mendiburu como historiador, la realizó magistralmente Riva-Agüero, en extenso estudio. Poco se puede añadir a lo que allí se ofrece. Raúl Porras, en "Fuentes Históricas" prácticamente glosa y se ajusta a su criterio. Mas observa con justicia, que es excesivamente duro, cuando señala las características intelectuales y literarias de su prosa, que desdeñosamente rotula de oficinesca y además cuando señala: su falta de capacidad de síntesis; su escribir opaco, sin vigor filosófico, sin imaginación, con excesiva prolijidad en los detalles y carencia de perspicacia psicológica al retratar el alma de

los personajes más señalados. A estas atingencias en extremo categóricas de Riva-Agüero se contrapone un tanto, la opinión vertida por él mismo, en la parte preliminar o cuadro de conjunto, cargado de alabanzas. Su exposición es allí tan importante y en mucho exacta, que considero de necesidad transcribirla textualmente. Constituye el exponente más esclarecido y justiciero, del valor incuestionable de la obra histórica del General Manuel de Mendiburu. Dice así:

“El mérito del Diccionario es tan grande y reconocido que proclamarlo, resulta hoy casi superfluo. No hay exageración en decir que sin él ignoraríamos lo más de nuestra historia colonial. Puso en circulación enorme caudal de datos rectificables e incompletos con frecuencia, como tienen que ser los de toda clase de estudios de erudición, pero riquísimos y portentosos para el tiempo en que se reunieron y publicaron, cuando había menores auxilios y mayores obstáculos todavía que al presente para la investigación histórica. Representa un extraordinario esfuerzo en largos años de exquisita diligencia y perseverancia ejemplar, que no podrá apreciar debidamente sino el que realice la formidable tarea de repetirlo para corregirlo y completarlo y una lección de honrosísima modestia, en quien, con tan inmensos materiales acumulados, hubiera podido ceder a la tentación de emprender la difícil historia general del Perú. Hubo momento, cuando principiaba sus trabajos en que pensó escribirla, pero conciente de la arduidad del intento y de su carencia de dotes sintéticas y de exposición y de redacción, desistió muy luego de aquel propósito y optó por el plan, para él muy hacedero y conveniente de diccionario o galería biográfica. Con ello hizo labor menos alta y vistosa, pero mucho más provechosa y proporcionada a sus facultades, lo que no ha empecido para que el Diccionario sea la verdadera y mejor historia del Perú bajo el régimen Colonial y no solo política y administrativa, sino también eclesiástica, literaria, militar y económica, por la naturaleza de las biografías que contiene. Abarca todas las manifestaciones sociales, todos los aspectos de la vida y civilización en las épocas de la Conquista y del Virreinato, con la extensión y detalles que una artística historia general, por mayor latitud que se le diera, no habría permitido alcanzar.”

A raíz de la publicación de los primeros tomos del Diccionario Histórico Biográfico, José Toribio Polo, inicia su estudio crítico, en artículos que fueron insertándose en el diario “El Comercio” de Lima y que reunidos más tarde en folleto, incluyendo las réplicas de Mendiburu, se editó en 1891. En el análisis de Polo, con indiscutible competencia de pormenores y de particularidades, impera ante todo, el afán del erudito celoso que increpa inexactitudes, errores y minucias, ya por prurito de lucirse ó tal vez por rebajar la importancia de una obra ciclópea en el

acarreo de materiales, aunque en algunos de ellos se deslizaran equivocaciones o yerros de leve monta. La obra de Polo es útil, claro está, para rectificarlos y corregirlos y así salvar las pequeñas manchas de que adolece el acervo inmenso que a la historia y a la cultura del Perú, legó Mendiburu en su célebre Diccionario. Los lunares que señala Polo y las deficiencias que ve, muchas injustas, se advierten al pegarse muy de inmediato al gran lienzo que estructuró Mendiburu, pero mirado a la distancia se diluyen en forma tal, que la perspectiva trazada no sufre menoscabo, ni le resta mérito fundamental a conjunto tan valioso.

Es conveniente señalemos, que Evaristo San Cristóbal, cuando realizó la segunda edición del Diccionario, con notas suyas al pie de página, hizo servicio positivo a difusión de obra tan básica para nuestra historia. Lástima fue que no lo adicionara con un índice onomástico, con lo que hubiese enlazado innúmeros temas y personajes, difícilmente conectables sin ese aporte. Así mismo, debió de utilizar a Polo en las inexactitudes que éste señaló.

Si las influencias en torno a la vocación militar de Mendiburu ya la señalamos y procedieron del ejemplo de dos de sus tíos, poco se conoce sobre el origen y motivos de su otra gran vocación: la histórica. Es posible, rastreando al detalle sus "Memorias", que algo se pudiera vislumbrar sobre aquella inclinación tan decidida. Cabe preguntarse. ¿Hubo algún antecedente familiar, herencia o intervención externa que pudiera explicarla o fue producto innato, ingénito, sin atavismo o ligadura anterior? Es incógnitas sobre la que pesan conjeturas más o menos verosímiles. Pero, lo que sí puede establecerse con precisión es que, ya en 1842 su tendencia y afán por el pasado, su deseo de inquirir y recoger el material y la cantera de los hechos, le obsedía clara y definitivamente. Un documento en extremo útil lo demuestra.

Es la trascripción de un oficio, que en su calidad de Prefecto de Tacna envía al Subprefecto de Moquegua y que elevó para su conocimiento a la superioridad jerárquica, que a la sazón asumía el Gral. Domingo Nieto con el título de "Comandante General de los departamentos de Arequipa y Moquegua". Dolido por las depredaciones y estragos que por la guerra con Bolivia ejecutaba en el sur Ballivián y sus huestes, vio la necesidad de sumarlas, tanto en los daños que hacían, como en los heroísmos y esfuerzos que en su oposición realizaban los peruanos. Para establecer constancia de los delitos, puntualizó los que debían figurar, a cuyo fin instituye una Junta idónea encargada de recogerlos. El proyecto —que se inserta entre los anexos— muestra preocupación evidente hacia la historia y empeño para que el Estado asumiera aquella función pública, un tanto a la manera de los viejos cronistas oficiales del Virreinato.

De otro lado conviene señalemos, que el espíritu republicano del siglo XIX se halló imbuído y hasta saturado de lo que puede denominarse inquietud historicista, pero en el marco de lo concreto y personal. Siempre y frente a cada hecho que tuvo resonancia y que engendró pasiones, brotan inúmeros escritos. Los encabezan o llaman según los casos: manifiestos, proclamas, reivindicaciones, justificativos, reclamos, discursos, quejas o cargos, cartas y entrelazo de polémicas. Es inmenso el conjunto de esta literatura expositiva cargada de agravios y que se editó en folletos. Son miles los legados por el siglo.

Nos ofrecen el panorama del acaecer inmediato y palpitante, mas siempre desde el ángulo favorable y en consonancia con el bando de donde procedían. Es el dardo que se arrojan los intereses antagónicos y en pugna. Así teñidos los escritos de ordinario, exaltados y virulentos, aquella literatura político panfletaria inundó a la República. Y cuando precisó agitar, se volcó a la calle en pasquines mordaces en sátiras y dicterios, mostrando: o la verdad disfrazada o el crudo engaño y entre los desvergonzados, hasta la calumnia vociferante. Al lado de la insidia proselitista o de propaganda revolucionaria de cosecha inmediata y con finalidad ante todo presentista, muchos otros miran también puntualizar circunstancias, para que la historia los tenga muy en cuenta y los recuerde. Existe en ellos ahinco de perdurar. Reclaman y hasta con vigor buscan al futuro, desean el que las generaciones venideras los rememoren favorablemente. Por este prurito, en veces de vanagloria embosada o de honor exultante, cabe explicar el que la centuria del XIX fuese tan pródiga de relatos y defensas de cuanto suceso pugnaz o de discordia se produjo.

La proliferación impresa a que aludimos durante el siglo XIX, ha servido y servirá, como fuente nada desdeñable de nuestro pasado republicano. Es un bagaje rico y frondoso desde el miraje particular de banderías, antagonismos y otras muchas controversias de contenido múltiple. Los protagonistas y sus seguidores, se afanaron, en dejar constancia de lo acaecido, pero cada cual según sus simpatías y a su exclusivo y propio sabor. Mas, si este material interesado abunda, muy corto es el relativo a la compulsa serena, el de la discriminación con legítimo y puntual sentido de historia, persiguiendo a la verdad en los hitos descarnados de lo fidedigno.

Contraste, el evidente trasfondo historicista de la folletería del XIX con la historia que produjo ese siglo, sobre todo en su primera mitad. La que se conoce es pequeña en su amplitud y débil en su contenido. Jorge Basadre nos señala los nombres valederos para las primeras seis décadas. Entre los que tienen significación peruana recuerda a: Félix Devotti, Córdoba y Urrutia, Domingo de Alcalá, Valentín Ledesma, Vicuña Mackenna, José Hipólito Herrera, Manuel Bilbao y José To-

ribio Pacheco. Desfilan y con pequeños comentarios, como los antecesores a un trabajo de mayor vuelo y con síntesis coordinadora: La "historia de los Partidos", de Santiago Távara. Junto a la folletería, en la visión fragmentaria y astuta en el propósito, aparece la obra de Távara, de quien con acierto Basadre ha dicho "*Fue el primer intento de recorrer los sucesos y las etapas de la emancipación y de la vida republicana del Perú para buscar en ellos un fondo orgánico y una articulación*".

Mendiburu es sin duda el historiador de la Colonia, pero rebasa esa limitación; con las biografías que dejó escritas de los generales de la República. Y con ellas se pone al lado del importante bosquejo de Távara, ofreciendo uno de los ensayos más valiosos que brinda el panorama histórico del siglo XIX, en su etapa precursora, sin características científicas a las que se ajustó con honradez y empeñó el historiador clásico de ese período: Mariano Felipe Paz-Soldán. Recordemos de pasada que también el género biográfico le debe una contribución. Escribió "Biografías Breves". Son poco conocidas en el Perú, pues salieron en Santiago en la "Revista Chilena de Geografía é Historia" año de 1913. (Tomo VIII).

En el recuento de la vida del General Mendiburu, se ha olvidado casi siempre a su familia, y a salvar esa omisión dedico el último párrafo del presente esbozo. Al comienzo anotamos a sus ascendientes y dijimos también, que en 1826 casó por primera vez en Santiago de Chile con: Margarita Rey y Riesco. De este enlace le nacieron quince hijos, de los cuales murieron pequeños siete llamados: Luis Tomás Luis Sabino, Luis, Pedro Manuel, Justa Gertrudiz, Francisca y Calixta Adelaida. Los que llegaron a la mayoría fueron: Eduardo, Enrique, Delfina, Margarita, la que casó primero con Juan Centeno y ya viuda con Pablo Chalon; Carlos unido con su prima: Manuela de Mendiburu y Guzmán; Emilia, casada también dos veces, la primera con José Ignacio Iturregui y la segunda con Manuel Ezeta y Carassa y la última, nacida en 1853, fue Josefina, entró a monja como Hermana de la Caridad. La esforzada madre de estos quince niños falleció en Lima en 1860.

Viudo el General, contrajo segundas nupcias, el 19 de junio de 1861, con María Josefa de Aranibar y del Llano, hija de Nicolás de Aranibar y Fernández de Cornejo y de Lorenza del Llano y de la Casa. Su suegro, personaje de gran figuración en la República, presidió el Congreso de 1823, fue Senador, Consejero de Estado, Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores y al morir en julio de 1851, era Presidente de la Corte Suprema de Justicia. De este su segundo casorio, tuvo cinco hijos: Manuel (1862-1907); Florencia (1865-1946); Dolores (1866-1875); Nicolás (1870-1913) y José (1872-1892). Por el anterior recuento, observamos, que si el esfuerzo intelectual de Mendi-

buru fué eminente, no menor es su patriarcal y abonada progenie, legó al mundo diez y nueve vástagos.

No siendo nuestro propósito, un completo análisis genealógico, me limito a recordar a Nicolás de Mendiburu y Aranibar, casó primero, hallándose en Piura, con Rosa Blume y Corbacho, la que falleció en Lausenne en 1897 y por segunda vez, en París en 1900, con Ruth Mattos Topin. De esta rama provienen los nietos: Manuel y Nicolás Mendiburu Mattos Topin, quienes nos han proporcionado los valiosísimos originales que ahora se publican. A su generosidad, debe la historia y la cultura del país, la posibilidad de que entren al dominio público, tales diseños biográficos en extremo útiles. A ellos que profesan, con fervoroso amor, el culto a su esclarecido abuelo, nuestras más sinceras gracias.

LAS BIOGRAFÍAS Y SU IMPORTANCIA

Después de recordar la vida del General Mendiburu, nos toca internarnos en su labor histórica, la desconocida, la que ahora se publica. Nos parece que no pretendió en este caso, escribir biografías en forma, tanto es así que los manuscritos legados los denominó con sencillez "Ligeras Noticias Biográficas". Se incurriría en grave error, si se las estimase como obra histórica acabada y digna de juzgarla como tal. Son, evidentemente apuntes muy emparentados a la crónica, con todas las ventajas de esta modalidad y también con los defectos inherentes a ella. De la crónica tiene, el contacto personal y directo con los sucesos que relata y de ella así mismo sus deficiencias, muy principalmente, por falta de perspectiva o de lejanía necesaria, para que el hecho inmediato no turbe o disloque la visión.

Además, los personajes escogidos se entrelazan muchísimo por corresponder a una misma época y en todos arder análogo propósito. En realidad, constituyen un cuadro unitario, aunque desdoblado, por ser visto desde varios ángulos y con enfoques privativos. Cada individualidad, absorbe la luz que le corresponde y así aparece mejor iluminada la particularidad múltiple de los actores de nuestro Caudillaje Militar.

Lo legado por Mendiburu semeja a un delineamiento de enorme cuenca hidrográfica. Detalló a muchos de sus afluentes, más olvidó a algunos de verdadera importancia. Para que la configuración histórica que pretendió, quedara completa en sus componentes esenciales, hubiese sido necesario el que escribiera otras biografías claves que no redactó. Nos referimos a las figuras básicas de: Riva-Agüero, Orbegoso, Echenique, Vidal y muy principalmente Castilla. Tal carencia, ha dejado laguna grande, en el propósito —que parece lo tuvo— de formular

el panorama histórico en el cual le cupo vivir. Ciertamente, que existen otros actores, pero de aledaña importancia y sin el influjo capital de los citados.

En estas diecinueve biografías, por su condición de historiador y de testigo, hemos dicho que Mendiburu realizó ministerio de cronista. Salvando las diferencias de tiempo y de ambiente, bien pueden cotejárselas con las crónicas de las Guerras Civiles que sucedieron a la Conquista del Perú, en las que protagonizaron: Gonzalo Pizarro, el Pacificador La Gasca y Hernández Jirón, cuyos narradores fueron específicamente: Calvete de la Estrella, el Palentino, Gutiérrez de Santa Clara y Nicola de Albelino. Las contiendas que asolaron a nuestro territorio como antesala del Coloniaje tienen sabor análogo a las tormentas de nuestro Caudillaje Republicano. Y por ende, los cronistas de ambos períodos, pueden alcanzar cierto paralelismo, distante en siglos pero similar en sus procesos y raíces. Cabalgan los dos dramas en igual plataforma moral. Desorbitado personalismo, odio y pasiones en extremo agudas sin otro imperio que un desnudo y ambicioso afán de mando y de poder sin freno.

Mendiburu, en la mayoría de los casos fue coetaneo de los personajes que detalla. Los conoce íntimamente, en circunstancias luchó con ellos, sintió la dentellada de perfidias o la amargura de constatar, que, ambiciones desbocadas dieran al traste con lo que él más amaba: el Perú; pero no en orgía de luchas antagónicas, sino ordenado, dentro de los carriles de la ley. Es de ahí, que pese a su honradez, cuando se leen muchas de estas páginas, estamos más próximos a un alegato de fiscal que acusa, que a historia de humano discurrir. Pero aún en estos casos no se advierte premeditado afán de dañar o de tomar venganza por discrepancias o por injurias. La narración así conduce por la fluencia de los hechos, en algunos momentos cargados de ignominia.

A lo largo de las narraciones y en la propicia oportunidad, descubre decenas de circunstancias que hasta el presente se ignoraban, visibles algunas por documentos fehacientes que aún perduran, mas otros, del dominio de lo que podemos llamar la trastienda de lo sucedido. En este animado campo refiere jugosas anécdotas recogidas, ya del acontecer cotidiano y otras privativas o personales, éstas por lo tanto se hallan dentro del ámbito de su íntima experiencia de soldado o de político.

En la marejada de recuerdos que presenta, tuvo en ocasiones contactos amigables o de fricción con sus biografiados y en estos momentos habla de él, pero en tercera persona. Lo hace, cuando su yo aflora con discreto disimulo, sin hipérbole mayor. Contrasta su caso con uno similar. Nos referimos al Dean Valdivia, quien en su valiosa obra "Las Revoluciones de Arequipa" cuando refiere anécdotas vinculadas a sus recuerdos no es corto en vanidad y en jactancias. En cambio, las referen-

cias a la acción de Mendiburu, que él menciona muchas veces, no vienen a colación con espíritu de vanagloria, proceden por natural curso y verdad de los acontecimientos. Sabemos además que muchas de sus aseveraciones las amplía y explica en sus "Memorias", que aún permanecen inéditas, pero que han sido utilizadas por historiadores peruanos y en nuestro caso por las anotaciones de Félix Denegri.

No obstante la imparcialidad que Mendiburu se empeña en observar, sus juicios hállanse teñidos de aprecio o de adversidad sobre el paramento ético de los hombres que dibuja. Desde esta perspectiva y refiriéndose únicamente a los de volumen, su interpretación resulta más bien favorable en los casos de: Torre-Tagle, Eléspuru, Bermudez, Salaverry, Nieto y La Mar. La compleja figura de Gamarra no sale maltratada. A Gutiérrez de La Fuente, no lo incrimina con pasión, pero resalta su doblez y falsía. En el perfil de Santa Cruz, lo vemos en su ambición sin límites hasta la crueldad, más le concede enormes calidades de organizador y de estadista. Con saldo francamente negativo aparecen los Generales: San Román, dudoso y emboscado perenne en las luchas políticas de la época; Vivanco, inteligente, mas infatuado personaje de acción malsana y perturbadora; y con tintes oscuros diseña a: Juan Crisóstomo Torrico a quien acusa con saña en diversos pasajes.

En el discurrir de los años bosquejados es directo y hasta agrio el contacto con el ambiente miliciano de la República en sus primeras décadas. Las intrigas y las camarillas que se formaban en torno a cada caudillo afloran constantemente, atizando discordias, rencores o celos. Constituyen el ritmo de un suceder casi ininterrumpido los pronunciamientos, consecuencia del tejido de las conspiraciones, las revoluciones estalladas, los cambios de poder, con la secuela de venganzas y deportaciones anejas y luego, períodos de calma, con las amnistías consiguientes. En el amasijo histórico que aquí se exhibe, se producen hechos similares pero con nombres diversos. Es siempre el doloroso panorama de anarquía que los caudillos fraguan en su provecho político y con detracción rabiosa de sus émulos.

La vorágine que generan con gravísimo despilfarro de ambiciones, la colecciona Mendiburu, desde las propias e ingénitas particularidades de cada uno de los gestores de los nuevos rumbos. En el análisis temporal —como la lógica de los hechos impone—, se percibe marcado entrelazo, tanto de oportunidades por tiempos y ocasiones coincidentes como por la meta unívoca que animó a todos: la obstinada conquista del poder. Más en la forma de lograrlo, son muchos los grados o matices morales, que al autor diseña generalmente con acierto.

Ya hemos manifestado, que por la calidad de testigo de excepción acompañan a estas biografías valor incuestionable. Mas, de otro la-

do, como su autor, fué en otras oportunidades verdadero protagonista del drama que describe, no creemos que su testimonio sea irrecusable. La crítica histórica tendrá que pronunciarse sopesando la verdad para medirla en su circuito valedero y justo. Convendrá tener presente, en aquellos casos en donde grave, la inevitable deformación de las pasiones humanas.

Su valor como fuente será insustituible y la resonancia de estos pareceres, será extensa e imposible de ser desdeñada en el análisis político y militar de las primeras décadas de la vida republicana. Me atrevo a decir que con impronta, más de fuente que de historia, deberán ser considerados a estos ensayos. Mirándolos desde el ángulo formal, desgraciadamente carecen de limpidez. Su redacción no es de las más felices; sin duda por la aproximación de los hechos que examina, aglomera los relatos sin espaciarlos debidamente. Carecen, diría, de las calles, para que el tránsito de la verdad que señala, posea la necesaria holgura, la que es genuina y propia de una disposición ordenada y metódica. Pero debemos advertir, en descargo, que los originales que publicamos son borradores no definitivos, y a veces aún incompletos, y por lo tanto susceptibles a correcciones, que no llegó a efectuar Mendiburu, para darles su redacción última.

Para facilitar la lectura y tal vez la crítica, hemos compuesto pequeños resúmenes de las varias individualidades, en acápite aislado, cuando las biografías son largas, y en uno común cuando son cortas o incompletas. Advertimos por último, que entre los legajos de Mendiburu, se ha hallado, un valioso material de documentos inéditos, que acopió para redactar la biografía del Mariscal Riva-Agüero. Creyéndolos de sumo valor insertamos ese material entre los anexos. Contribuirá para esclarecer la vida de este personaje no por muy discutido sin hondo significado en el periodo de la Emancipación y primeras décadas de la República.

BIOGRAFÍAS LARGAS

Pedro Pablo Bermúdez Ascarza

Al ocuparse de este General, señala Mendiburu, lo poco veraces que son los escritos periodísticos que salieron con ocasión de su muerte acaecida en 1852. Se duele del ridículo afán, de alterar la verdad histórica con fines adulatorios que, en el caso de Bermúdez son innecesarios, ya que su foja de servicios en la guerra de la Independencia es muy honrosa y no se necesita falsificar hechos para que su comportamiento militar fuese brillante. Nos la describe pormenorizadamente a partir de 1821. Asiste a la batalla de Ayacucho mandando un batallón como su Teniente Coronel y lo es efectivo desde 1825 al frente de un Regimiento.

A partir de 1827 se ve mezclado en la política, lo nominan diputado al Congreso Constituyente representando a Junín. Se adhiere a los liberales que encabeza Luna Pizarro. En la guerra con la Gran Colombia aparece como Jefe del Estado Mayor y los desaciertos que este organismo tuvo —según Mendiburu— no son atribuibles a Bermudez. En la batalla del Portete de Tarqui ostentó serenidad y valor, hallóse muy cerca de morir. El caballo que montaba pereció de un balazo, y, a raíz de la citada acción reorganizó el ejército. Restituido a Piura, el General Gamarra lo miró con malos ojos, lo supuso su enemigo y adicto a La Mar, interpretando su reserva y mesura como actos hostiles. Deseaba su adulación y al no sentirla, confundió circunspección y honradez con malicia y desvío, y sin ocultar sentimientos le cobró agudo encono que fomentaban además el círculo de sus adictos.

Con sabor anecdótico y moraleja adjunta, relata la del médico de cámara de La Mar: Dr. Vega y trae a cuento la agitada camarilla de militares intrigantes y bulliciosos que rodeaban a Gamarra, atizando discordias, sembrando envidias, fomentando rencores o celos en las diversas ramas del ejército. Ese ambiente caldeado de apetitos, fue la antesala para que Gamarra en la noche del 7 de junio de 1829 depusiese a La Mar y lo encarcelara en compañía de Bermudez y así, ambos fueron deportados a la República de Costa Rica.

Producida la amnistía regresó al Perú en 1832 año en que fué electo diputado a Congreso por la provincia de Pasco. Gamarra, pese a grandes forcejeos en su contra, logró de nuevo conquistar su confianza, lo hizo su Ministro de Guerra en abril de 1832 y en octubre alcanza el generalato. Lo sirvió con lealtad defendiéndolo de las revoluciones que en su contra estallaron. Finalizado su mandato constitucional, se generó gravísimo conflicto por la sucesión del poder. La lucha se tornó enconada y tenaz. Los del gobierno aferrados a no soltarlo y opuestos a Orbegoso, violentando el ánimo de Bermúdez y sacrificándolo obligaron a que se proclamase Jefe Supremo del Perú el 3 de enero de 1834. Esta debilidad culpable fruto de "*instancias, artificios e insidias*" le generarían meses de luchas desgraciadas y contradictorias. Si la suerte lo favoreció en Huaylachuco, ningún beneficio logró de esta acción que fue aniquilada por el imprevisible y paradójico Abrazo de Maquinhuayo, el que afirmó a Orbegoso obligando a Bermudez a salir de nuevo a Centro América.

Rigiendo la Confederación, volvió al Perú a principios de 1838 y Santa Cruz lo asimiló a los suyos. Lo hizo Vice-Presidente del estado Nor-Peruano y cuando esta administración parecía se halló en Yungay entre los derrotados y recibió en la lucha grave herida. A raíz de tal infortunio se radicó en Tarma. Tras el desastre de Ingavi, sintió el llamado de la Patria y aparece al lado del ejército de La Fuente, pero desagradado por las intrigas de éste renunció a servirlo y pasó a Li-

ma. Durante los años de la Anarquía su actitud es confusa. Vivanco lo deportó y hallándose en Tacna, se plegó a los enemigos del Directorio, para luego, influido por el Cónsul inglés Wilson, retractarse de aquel propósito.

En abril de 1845 figura como Senador representando a Junín en el Congreso Extraordinario que se reuniría para decidir sobre la elección de Castilla, a quien durante su gobierno legal sirvió con lealtad. En diciembre de 1849, la Representación Nacional de la época lo confirma General de División. Y Ramón Castilla, quien utilizaba a los hombres sin escrúpulo y a medida de sus necesidades, le tiende una celada en la que Bermudez ingenuamente cae. Deseoso de oponer a Echenique un candidato, ya que éste le molestaba, con engaños le hizo creer que lo apoyaría oficialmente más luego lo dejó en la estacada. Tal abandono y desairada circunstancia le ocasionó no pocas amarguras y estos sucesos le prepararían luego de breves meses de penosa enfermedad su muerte, ocurrida el 30 de marzo de 1852.

En las entrelíneas se advierte que Mendiburu, simpatiza con este General: valeroso, ponderado, leal a sus amigos y amante del orden. Si incurrió en graves yerros, muchos fueron producto, no de ambición desorbitada, sino de falta de voluntad ante el imperio de otras más fuertes que lo alentaron en el error, no en beneficio suyo, sino de terceros, concedores, de ser campo fácil por su hidalguía un tanto doblada de ingenuidad.

Mendiburu no aporta dato personal sobre Bermudez. Tomados de los que inserta el Coronel Manuel Bedoya en su "Diccionario Militar Ilustrado", sabemos que nació en Tarma el 17 de junio de 1798 del matrimonio de Justo Bermudez con Teresa Ascarza.

Juan Bautista Eléspuru Montes de Oca

El retrato de Eléspuru lo reseña en los diversos hitos de su carrera militar. Su acción se desenvuelve siempre y desde su juventud muy vinculada a Gamarra. Es ya Coronel en 1822. Ayudó a Riva-Agüero en el motín de Balconcillo. Hizo la campaña de Oruro y a su regreso por mar, se halló envuelto en la sublevación de la fragata "Monteagudo" y, pese a no estar unido a su cabecilla el Comandante Navajas, Bolívar, quien era desafecto a su persona, lo desterró a Chile, de donde regresa en 1824 y sin medios ni ocupación militar trabajó en el comercio, hasta producido el derrumbe del régimen bolivariano.

Figura al lado de La Mar; en la Campaña de Colombia fué de los que conspiraron en su contra y plegándose a Gutiérrez de La Fuente contribuyó a la deposición del Vice-Presidente Salazar y Baquíjano. En premio, Gamarra lo elevó a General en agosto de 1829 y actuando de Prefecto de Lima sería el brazo fuerte y el más decidido apoyo de

su gobierno. La prensa de la época lo atacó implacablemente, veía en su desvelo policial el más férreo obstáculo para que las conspiraciones ardidas prosperasen. En la rivalidad La Fuente-Gamarra, se decidió por éste y anuló al Vice-Presidente en abril de 1831. Producida aquella célebre conjura, La Fuente, huído en mala forma, desde el extranjero, no cesó en su defensa tanto en memoriales como en pasquines a los que respondía con análoga virulencia el Prefecto, justificando la alevosa deportación que instigara la célebre Mariscala y su grupo adicto.

Eléspuru, fiel a Gamarra, siguió su suerte adversa, la que se derivó del Abrazo de Maquinhuayo y ambos huyeron a Bolivia. En febrero de 1834, se vió sujeto a juicio por mandato de Orbegoso, mas siendo concuñado de éste, le permitió aliviar su deportación, refugiándose en Tacna, en espera de momentos más favorables, los que a poco llegaron, con los revueltas que agitaba Santa Cruz, atizando los antagónicos intereses de Orbegoso y de Gamarra. A raíz de la desgraciada acción de Yanacocha, de agosto de 1835, tras muchas dificultares y peripecias no tuvo otro remedio que huir al extranjero. Por influencia de sus amigos retorna en 1837, radicándose: primero en Lima, mas como eran días de suma inquietud por la expedición chilena, pasó a Trujillo y allí amistose con Orbegoso quien lo repuso en el escalafón militar.

Producida la victoria de Guía, en agosto de 1838, y Gamarra posesionado del gobierno, volvió Eléspuru a figurar a su lado. Poco le duraría esa nueva situación. En la gloriosa batalla de Yungay, luchó con denuedo para afianzar la Restauración Nacional, mas una bala que recibió en el muslo le ocasionó la muerte. Y en el propio campo de batalla, honrando su heroísmo, fué elevado a Gran Mariscal de la República.

En esta útil biografía, como es usual en estas de Mendiburu, no da casi datos personales. Nació en Tacna en 1787, hijo del viscaíno, Juan Bautista de Eléspuru c. c. Juana de la Cruz Montes de Oca. Contrajo matrimonio en Trujillo en noviembre de 1822 con María Francisca Martínez de Pinillo y Cacho, hermana de la esposa del Mariscal Orbegoso. Sobre su vida, en la "Revista Histórica" Carlos A. Romero, publicó un ensayo biográfico, más bien del tipo panegirico. Y Felipe A. Barreda, en su libro "Los Eléspurus" informa sobre su familia de modo amplísimo.

Agustín Gamarra Messia

Sus años iniciales en las postrimerías del Virreinato los narra Mendiburu en su "Diccionario Colonial". En él recuerda sus servicios en los ejércitos de Goyeneche, Pezuela, Ramirez, La Serna y otros jefes españoles, hasta que, en enero de 1821 pudo refugiarse al lado de San

Martín. No es posible seguir el enorme historial de Gamarra, por ser vida densa, apretada de sucesidos, por ello me limitaré tan solo a algunos aspectos de su acción y facetas de su personalidad tan discutida, que aclara Mendiburu, conocedor íntimo de la época.

En muchas páginas pormenoriza la guerra contra la Gran Colombia y lo defiende de los ataques de sus enemigos, los que llegaron a tildarlo de traidor y cobarde, a tales los considera impostores sin ningún respeto por la verdad. Explica la deportación de La Mar, como acto que no le hace honor, pero que tuvo útiles resultados. Da el cuadro que originó la enemistad encarnizada entre él y Santa Cruz de repercusiones tan hondas y graves para la historia del Perú. Afirma, que como gobernante manejó con pureza la hacienda pública, dictando buenas providencias administrativas y organizaciones provechosas, pero señala que al ejército dañó, permitiendo corruptelas en provecho de jefes amigos, los que fueron desmoralizando a la tropa. El panorama de las muchas conspiraciones contra su régimen es muy complejo y pese a esa trama tan adversa, supo mantenerse hasta el fin de su mandato, el cual se complicó luego con el problema de su sucesión en donde lucha al lado de Bermudez y en contra del Presidente Orbegoso, a quien desconoció.

Después de la derrota que sufren sus huestes en Yanacocha, su rival Santa Cruz lo desplaza, se apodera del país y establece los cimientos de la Confederación. Con detalles valederos y desconocidos, prosigue el estudio del personaje en su compleja y múltiple acción hasta la batalla de Yungay que califica de victoria espléndida. Es el punto de partida de su segundo gobierno que lo examina en su faz política. Señala, como muy principal y gravemente perturbadora la influencia que sobre él ejerció Juan Crisóstomo Torrico. Dilucida los conflictos que surgieron en el sur de la República, unidos a los manejos que tramó Ballivián en Bolivia los que engendraron la guerra, campaña que describe con habilidad de estratega, hasta el desastre de Ingavi producido el 18 de noviembre de 1841, en donde Gamarra perdió la vida luchando bravamente y víctima de su implacable odio a Santa Cruz.

Emana de esta biografía, un favorable juicio moral sobre Gamarra. En observaciones aisladas, se vislumbra respeto por su compleja personalidad. Es significativa una frase, cuando al compararlo con otros militares que se midieron con él en contrastada rivalidad, expresa este rotundo concepto: "Gamarra fue más habil, diestro y astuto que todos". La opinión de Mendiburu, coetáneo suyo viene a sumarse a la tendencia que se perfila en la historiografía moderna de reivindicar su nombre, hostigado y hasta envilecido por las pasiones de la época en que le tocó vivir y la natural enemistad que procede de aquellos a quienes superó por su mayor capacidad humana y destreza política.

Antonio Gutiérrez de la Fuente

Una de las biografías más extensa es la que corresponde a Gutiérrez de La Fuente. Como en reiterados casos no da referencias personales. Apenas dice nació en Tarapacá. Sabemos que era oriundo del asiento minero de Huantajaya, en el departamento de Iquique y que vino al mundo en setiembre de 1796 a comienzos de virreinato del Marqués de Osorno. Tampoco menciona a sus padres: el español Luis Gutiérrez de Otero casado con Manuela La Fuente Loayza y omite a la que fuera su esposa, Mercedes Soubirut. Así mismo, como sus borradores los terminó de redactar en 1855, no menciona los años últimos de esta vida la que sobrepasa en mucho a la citada fecha, pues fallece octogenario, el 14 de marzo de 1878.

Es en verdad valioso el presente boceto por el sin número de hechos que descubre y su explicación histórica. Muestra esa motivación pequeña, la inductora que gravita sin ser vista, pero que enseña sutiles razones que forjaron en el Perú, la etapa más agria y escabrosa, la de nuestro caudillaje militar. El acaecer que narra se le ve rodeado muchas veces, en su propia causalidad en el fontanar de sus circunstancias, que las distingue con nitidez por haber sido reiteradas veces su propio testigo. Desde otro ángulo, trae a cuento los factores individuales, es decir el agente humano, motor principalísimo del drama, en todo aquello que no fue azar, sino intención premeditada, voluntad gestadora, diríamos ingénita en la psicología pasional de sus actores.

Toma la vida de Gutiérrez de La Fuente, desde cuando pasa de Chile al Perú en 1818, ya con el grado de capitán, pero al servicio del rey de España, contando a la sazón veinticuatro años de edad. Dos más tarde hallándose en Lambayeque, cuando se proclamó en esa provincia la Independencia y sorteando los peligros que podría acarrearle, en viaje hacia Lima en lo localidad de Huaura, San Martín le conoce, influencia sobre él y entusiasmado abraza la causa libertadora. Sigue a la capital del Virreinato con encargos que se le confieren y los que cumple satisfactoriamente. En 1822 ya es Sargento Mayor de Caballería y a las órdenes del General Tristán va a la campaña de Ica. A poco es ascendido a Comandante e investido de ese grado viaja a la Argentina en importante comisión que le encomendase San Martín.

De retorno al Perú, se une a Riva-Agüero, quien lo eleva a Coronel y le dió la organización y luego el mando del regimiento de Coraceros. Cuando Bolívar asume el poder se sublevó contra éste, ple-gándose al Libertador. Airado el Mariscal, en su Manifiesto de Londres de 1824, se venga, imputándole graves acusaciones. En 1825, por designación de Bolívar, está de Prefecto de Arequipa y en los años del 825 y 826 lo sirve ahí con lealtad y recompensándolo lo gradúa Ge-

neral de División. Mas en 1827, cuando la Constitución Vitalicia se anula y son barridos sus seguidores, no solo —aparentemente— olvidó a Bolívar, sino que escribió en su contra. Esto, que puede suponerse como felonía, no es tal, pues en realidad, Gutiérrez de La Fuente no hizo otra cosa que obedecer las recomendaciones que dictó el Libertador a sus tenientes.

Durante el régimen del Mariscal La Mar y producida la contienda con Colombia, ofreció sus servicios en esa campaña. Al frente de importante tropa rumbo hacia el norte, sus embarcaciones, hallándose frente al Callao y bajo pretextos fútiles, las hizo recalar en el puerto y pidió permiso para el desembarco de sus hombres. Ya en Lima y aduciendo torcidas razones, depuso al Vice-Presidente Salazar y Baquíjano y se proclamó el 5 de junio de 1829 Jefe Supremo en Lima. En los meses que gobernó en la capital lo hizo con firmeza y supo inspirar temor. El bandolerismo como plaga, cundía aterrorizando a los moradores de Lima. La propiedad y el socioego estaban a la merced de los facinerosos; los robos y los asaltos eran continuos. La Fuente, con denuedo, mandó fusilar a muchos y tras el duro escarmiento la tranquilidad regresa y se afirma.

La relación de Mendiburu, se hace en extremo útil, al pormenorizar los entretelones que mediaron en el célebre binomio La Fuente-Gamarra. Aparecen las intrigas de Santa Cruz, su unión con los liberales y enemigos de Gamarra, su protección al francés Chapuis y al poeta español José Joaquín de Mora, los que atizaban celos y pasiones en las banderías contrapuestas; los manejos maquiavélicos del boliviano Olañeta, sembrador de discordias y desuniones entre los peruanos; la desleal intervención de los extranjeros, en momentos en que la ciudadanía no era clara y definida; la aparición de Vidal portador de cartas secretas y su arresto y otros apuntes que hacen ver, cómo crecía la desconfianza entre La Fuente y Gamarra y en ese ambiente, la esposa del Presidente la célebre Mariscala, determinó deponerlo, de consumo y muy de acuerdo con el inquieto círculo que la rodeaba, conjura que llevó a término el Prefecto Eléspuru, el 16 de abril de 1831. La Fuente pudo fugar pero con gran peligro de su vida y seguro ya en Valparaíso, escribió airado folleto vindicatorio de su conducta.

Su posterior participación en la agitada vida del Perú en las décadas IV y V, nos las señala Mendiburu con detalles reveladores. Su retorno en 1834; su concurso en la campaña de Huaylachuco. Es acusado de conspirador, lo encierran en la fortaleza del Callao y de nuevo lo deportan. Orbegoso en su afán de dañarlo escribió insólitas calumnias en su contra, que Mendiburu apunta y califica de "tejido ordinario de malicias y de chismes". En diciembre de 1834 de nuevo aparece en el Callao, en desgraciado viaje por coyunturas adversas, es en-

carcelado, breve tiempo sufrió gayola, pues lo deportan. Viviendo en Chile en 1836 se establece la Confederación; se une a los emigrados para luchar en su contra y figura con Blanco Escalada en la expedición que encabezan. Después en la segunda expedición producida la victoria de Yungay, colabora de nuevo con Gamarra, es su Ministro de Guerra. Por ambiciones se enemista con el Presidente, tuvo el error de rivalizar y enfrentársele en los comicios próximos.

Es imposible en esta somera presentación, señalar la riqueza de datos que la biografía aporta. Entre muchos subrayo la acusación que formuló el Cónsul británico Wilson en su contra, verdadero amasijo de mentiras y de embustes, fabricados a favor y en servicio de la causa de Santa Cruz. Explica esa fábula Mendiburu, al anotar razgos del carácter de La Fuente. Manifiesta que era el suyo, ligero e indiscreto, fácil en arrogancias verbales, sin el menor sentido de prudencia.

Por último apuntamos, que producida la tragedia de Ingavi y el desgobierno de la Anarquía que le sucedió, tuvo Gutiérrez de La Fuente gravísima participación y los relatos de esta biografía son de calidad tal, que será improbable no tenerla muy en cuenta, en las rectificaciones que toda historia padece con el acarreo de nuevos materiales.

La fisonomía moral de este travieso personaje de nuestro caudillismo, no ha sido estudiada con la proligidad que merece. Es interesante como representativo de la ambición sin templanza, desembozada, carente de disfraz. Por su espíritu aventurero, sinuosa conducta, fugaz, indiscreta, de verbo imaginativo y arrogante, bien puede ser tomado como protagonista vistoso y fácil de vestirlo con agrado, para una historia novelada de la época, tan circuito de azar, arrojo, intrigas, conjuras, ajetreos políticos, conspiraciones y asonadas militares.

José La Mar y Cortazar

Bien ordenado es el relato de la vida del Mariscal La Mar. Nació en Cuenca el 12 de mayo de 1776, bajo el virreinato de Manuel de Guirior. Fueron sus padres ambos de esclarecidas familias: Marcos La Mar c. c. Josefa Cortazar. Su tío Isidro Cortazar. Oidor de la Audiencia de Bogotá y luego Regente de la de Quito hizo que pasase joven a España; ingresó al ejército y tocole actuar en las guerras napoleónicas, herido y prisionero fue conducido a Francia, huyó por extraviados caminos, cruzando Suiza hasta Nápoles y en Cadiz lo tenemos en 1814. Recomendado a Fernando VII, éste lo designa al Perú con el cargo de sub-inspector del Virreinato. Pezuela lo elevó al rango de Mariscal de Campo y con ese título figura desde entonces como Gobernador de la Fortaleza del Real Felipe. En setiembre de 1821, se hizo partidario de la Independencia y entregó el Castillo; luego se dirigió a Guayaquil.

Ofrece Mendiburu datos e informaciones en extremo útiles. Entre muchos, la relación de La Mar con Manuel Lorenzo Vidaurre, el dis-

curso que le pronunciara con ocasión de haber sido elegido Presidente de la República y la contestación de éste, ambos indiscretos. Vidaurre, era partidario acérrimo de Santa Cruz y objeto por ello de la ira y encono de Luna Pizarro, cuyo círculo supo aprovechar de sus ligerezas, de su poco juicio y descubrir sus manejos en una conspiración tramada en contra de La Mar. En la que fraguó el Coronel Huavique, motín que debeló Salaverry con extraordinario valor, se siguió un sumario que levantó el Capitán Ross, enemigo de Vidaurre y se halló inculpado. Por tal circunstancia fue hecho prisionero y deportado a los Estados Unidos. Desde allí lanzó inventivas y calumnias contra La Mar. José María Pando, publicó en El Mercurio, artículos en defensa de Vidaurre y el Ministro Mariátegui terció en la polémica en forma airada arremetiendo tanto a Vidaurre como a Pando.

En el terreno de las anécdotas, refiere Mendiburu una de la que fue testigo. El Coronel francés Raulet, charlando en cierta oportunidad con La Mar aludió a un sucedido, el que produjo en el Presidente encendida y violenta ira. Comentándola, recuerda Mendiburu, que La Mar era sujeto, moderado, afable y de fina educación, por cuyo motivo observa textualmente "Sirva de ejemplo para confundirnos y probarnos a qué excesos exponen los odios y el frenesí de las pasiones de partidos".

La biografía detalla con prolijidad, todo lo referente al conflicto con Colombia. Sus causas, orígenes y lamentables resultados. Considera fué grave error el decidirse por una guerra imprudente y loca, que el General La Mar desató principalmente influido por los consejos de los liberales que enardecieron su pasión, cegando su buen criterio y muy principalmente el bien de la Patria.

La fatal campaña tuvo comienzo el 28 de diciembre de 1828 entrando en el departamento de Loja y marchando sobre Cuenca, cuando era rigurosa la estación de las lluvias. Analiza su proceso y señala los errores militares en que se incurrió, los que finalizaron a la salida del Portete y en donde comienza la llanura de Tarqui. Luego se produjo el convenio de Girón, celebrado con Sucre y que dice, La Mar firmó con pesadumbre grave y aún con lágrimas. Su Jefe y sus tropas se retiraron a Piura mas desde allí quiso renovar la guerra.

En situación tan comprometida, la salud de La Mar en extremo precaria, con peligros en la frontera del sur y el ejército anarquizado, aceleraron la sublevación que Gamarría tenía urdida de antemano y que estalló en Piura el 7 de junio de 1829. Su primera consecuencia fué alejar a La Mar trasladado con escolta a Paita y de inmediato se le embarcó y remitió a Centro América en compañía del General Bermudez. Desde Costa Rica dirigió al Congreso un memorial, pidiendo se le oyese y juzgase, redactado en términos medidos y honrosos, voz que no fue atendida. Este militar pródigo y benemérito, pasó sus

últimos días en el destierro y murió en la ciudad de Cártago el 11 de octubre de 1830. La pluma de Luis Alayza, lo ha honrado con una bella semblanza en extremo favorable, con el título de "El Gran Mariscal José de La Mar".

Andrés de Santa Cruz y Calahumana

Este eminente caudillo nació en La Paz el 6 de diciembre de 1792. El esbozo de Mendiburu, es uno de los mejores de la presente serie. Posee precisión de datos, justeza en los dictámenes y ordenada claridad en la exposición, difícil cometido en vida de tan múltiples facetas. El relato no pasa de 1855, año en el cual fue redactado y al que califica con modestia de "Compendiado bosquejo". En nuestra glosa no pretendemos resumirlo, es demasiado extenso. Desde muy joven se enroló en el ejército realista y asciende desde los más bajos escalones hasta el grado de Teniente Coronel. Luchó con los realistas aguerridos en el Alto Perú al lado primero de: Goyeneche y posteriormente con Pezuela con quien percibió los laureles de Vilcapugio y de Ayouma. En abril de 1817, en Tarija, la derrota lo hiere es tomado prisionero por el Comandante patriota La Madrid y remitido al Tucumán al campo que los argentinos tenían en Las Bruscas.

En heroica odisea de allí se escapa, se interna por el Brasil, logra arribar a la Habana y sin desmayo se presenta en Lima en 1820 para reincorporarse a las filas realistas. Con el grado de Coronel va en ellas bajo las órdenes del Brigadier Diego O'Reilly en marcha hacia Junín. En esas sierras es destrozado por Alvarez de Arenales y juntamente con el grueso de ese ejército cae por segunda vez prisionero. Y trasladado al cuartel general de San Martín en Huaura, desiste de luchar por España y lo tenemos desde enero de 1821 convertido en ferviente patriota.

Combatirá con éstos en multitud de acciones. En el choque de Riobamba, en Pichincha se le considera como el artífice de esa gran victoria; conduce la segunda expedición a Intermedios; pelea con bravura en Zepita e igualmente en Junín. En 1825, es nominado Prefecto y Comandante General de La Paz y en junio del 826, Bolívar lo designa Presidente del Consejo de Gobierno con motivo de su marcha para Colombia. Producido el motín de las tropas colombianas en Lima y caído el Régimen Vitalicio, se encarga del mando provisionalmente, pero a consecuencia de las intrigas de Luna Pizarro y del grupo de los liberales, en el Congreso Constituyente quedó eliminado y elegido su contendor, el Mariscal La Mar, como Presidente de la República, el 9 de junio de 1827.

Tal postergación le generó mortal desengaño y es a partir de ese momento cuando prende en su espíritu un empeño alucinado, verdade-

ra obsesión delirante de ser Presidente efectivo del Perú. De aquella pasión nacerá uno de los más hondos dramas que ha de padecer nuestra historia, en el cual Santa Cruz, va a ser el protagonista, el gestor implacable y el Perú constante víctima de esa terca, obstinada y pertinaz ambición.

Mendiburu la reseña en sus múltiples fases y al representarlas; conocemos la personalidad de Santa Cruz. Valiente, astuto, tenaz, organizador, implacable en sus deseos hasta la crueldad, más dotado también de eminentes condiciones de estadista y de gobernante. Se ha dicho y con razón sobrada, que fue para el Perú desgracia positiva, el que Luna Pizarro lo odiase, frustrando aquel gobierno, que de haber nacido con credenciales legítimamente peruanas; hubiera gozado de su talento de organizador y del imperio de su fortaleza; en cambio al imponernos a La Mar, militar honrado más político débil e ineficaz en extremo, nos arrancó la mejor posibilidad que tuvimos para regir al país entre los hombres de esa generación.

El esbozo de Mendiburu, posee el valor del testigo que recogió la verdad y captó la vivencia, más carece de la perspectiva y más aún de la documentación más tarde reunida. Pese a esta debilidad, es útil y en muchos sectores valedera. La personalidad magnífica de Santa Cruz, ha tenido la suerte de hallar un biógrafo moderno: Alfonso Crespo, quien lo afinca en el marco histórico que le corresponde. Le ve en su íntegra dimensión y su grandeza humana tanto la acentúa, que su libro "Santa Cruz el Cóndor Indio" lleva el teñido constante de lo heroico y un sostenido aliento de prosa épica.

Miguel de San Román y Meza

Entre nuestros caudillos militares el que llegó a ser Gran Mariscal del Perú: Miguel de San Román, no ha tenido la virtud de inspirar alguna biografía in extenso. Aparece ciertamente, en las limitadas galerías de Presidentes de la República o del Congreso. En una de ellas en forma somera, se aprecia lo que podríamos llamar su foja de servicios.

Nació en un pueblo de Puno, el 17 de mayo de 1802 del matrimonio de Miguel de San Román con María de Meza. A los diecinueve años de edad, sentó plaza en el ejército patriota a las órdenes del General Miller. Vino a Lima en 1821 con las fuerzas del General Pardo de Zela. Concurrió a la expedición de Ica, estuvo en el contraste de Macacona y en la expedición a Intermedios. Es ya Capitán en la victoria de Ayacucho, Sargento Mayor en la intervención a Bolivia de 1828 y cae prisionero en la poco feliz batalla del Portete de Tarqui. En Piura, aprisionó al General La Mar cumpliendo órdenes de Gamarra. En 1833 es ya General. Sublevado en 1834, batió a Nieto en Cangallo y

juego de producirse el Abrazo de Maquinguayo hubo de refugiarse en Bolivia.

Es de los que más convulsionaron al país durante el desgraciado período de la Anarquía, al lado y contra Vivanco y con Torrico en Agua Santa. Fugado de ese campo, emigró a Chile. De vuelta al Perú en 1844, hállase con Castilla en la victoria del Carmen-Alto. Perteneció en diversas ocasiones al Parlamento y figura como su Presidente en algunas legislaturas. Conspiró en contra de Echenique y está con los que lo derrotaron en la importante batalla de La Palma de enero de 1855.

En el segundo gobierno de Castilla labora como su Ministro de Guerra, Presidente del Consejo y General en Jefe en el sur, cuando se produce la revolución de Vivanco, a quien derrota en la toma de Arequipa de 1858. Finalizando su agitada vida, en elecciones populares es nominado Presidente de la República, cargo que desempeñó, desde el 24 de octubre de 1862 hasta su muerte ocurrida en el balneario de Chorrillos, el 3 de abril del año siguiente.

El perfil moral de San Román, la historiografía moderna, apenas si lo dibuja, lo juzga más bien con benevolencia, más conocida la abundante exposición que de su vida hace Mendiburu, se tendrá que rectificar juicios. De lo que allí aparece se desprende: un hombre sinuoso y bastante falso; en los campos de batalla, militar huidiso, son célebres sus fugas y también sus admirables retiradas. No tuvo sentido recto de la Patria, pues en ocasiones pactó contra ella. Cruel no siempre, pero sí en ocasiones. Agitador inveterado, con habil sentido de organizar tropas y adiestrarlas, para así pesar en la balanza y presentándose armado, lograr influjo en las escenas revolucionarias que promovía en su provecho, sin sentido ni responsabilidad histórica.

Falsificador de triunfos como el de Mecapaca que le valió el ascenso a Gran Mariscal. En la guerra con Bolivia, su comportamiento en Ingavi es vergonzoso. Fue emboscado perenne, en las luchas alternativas de la época en espera de los acontecimientos y sin lealtad decidida. Otras muchas escenas de proterva intención, refleja este duro recorrido en los hitos principales de la vida de San Román y por tanto de utilidad expurgadora, para modelar nuestra historia en consonancia con la intimidad de los sucesos, muchos desconocidos, que si pueden ser atenuados por nuevas fuentes, que modifiquen tan desfavorable panorama, mientras no aparezcan, lo cierto es que, lo relatado por Mendiburu —historiador veraz y justiciero, posiblemente apasionado— manchará a su figura, de quien solamente se ha afirmado en su provecho aspectos negativos, como no ser: ni violento, ni atolondrado ni liviano.

José Bernardo de Tagle y Portocarrero e Isasaga

Nació el IV Marqués de Torre-Tagle, en Lima, el 21 de marzo de 1779, bajo el gobierno del Marqués de Guirior. Su vida durante el Virreinato, la da Mendiburu en su Diccionario Colonial, con bastante proligidad y se interna no poco en los sucesos de la iniciación de la República que luego amplía en la reseña inédita que ahora se publica. El Marqués, dejó una auto-biografía titulada "Narración que hace José Bernardo Tagle de sus servicios a la causa de América" y que aparece inserta en el Boletín del Museo Bolivariano dirigido por Jorge Guillermo Leguía. Es muy útil por las noticias que acarrea sobre los acontecimientos que antecedieron a la llegada al Perú de San Martín y de Bolívar.

Su acción, desde que Tagle proclamó la Independencia en Trujillo, el 29 de diciembre de 1820, la narra con amplitud Mendiburu. A partir de enero de 1822, es Supremo Delegado por voluntad de San Martín y cuando se ausentó rumbo al Ecuador a entrevistarse con Bolívar. En febrero del siguiente año, debió asumir de nuevo el mando por designio del Congreso Constituyente, primacía que le arrebató Riva-Agüero tras de producirse el Motín de Balconcillo. Volverá al gobierno, por encargo del Cnl. Sucre, en su carácter de Jefe del Ejército Unido Libertador y lo mantuvo, hasta que se inaugura el régimen bolivariano, con Mariano Necochea como Jefe Político y Militar, en febrero de 1824.

Producida por las fuerzas españolas la ocupación de Lima, y estando Tagle en abierta lucha con el Libertador, hasta llegarlo a amenazar de muerte, se sintió en tales circunstancias obligado a refugiarse en el Callao y tras la victoria de Ayacucho, establecido el sitio al Real Felipe, no le fue dable salir de ese recinto y en él falleció, el 26 de setiembre de 1825. Su odio a Bolívar fue de tal naturaleza, que olvidando su limpia trayectoria, por resentimientos y desengaños, cayó —dice Mendiburu— "en abismos que acabaron su carrera y su existencia". Su proceder último, que la historia ha calificado generalmente mal, Nemesio Vargas, defiende y explica.

Casó Tagle en primeras nupcias con Juana Rosa García de La Plata, hija del Oidor: Manuel García de La Plata, de las Audiencias de Chuquisaca y de Lima y Regente de la de Buenos Aires. Descendía por línea materna de la Casa de Mc Donald e Inverghisserar y del Rey Roberto II de Escocia. Muerta en temprana edad se unió por segunda vez con: Mariana Micaela Echevarría de Santiago y Ulloa. Poco antes que su marido y refugiada así mismo en el Real Felipe, allí trágicamente fallece.

Juan Crisóstomo Torrico Gonzáles

Bastante turbia sale la figura de Torrico, en la presente serie. Era oriundo de Lima y nacido el 21 de enero de 1808 del matrimonio del español Juan Capristano Torrico y de la huaracina Manuela Gonzáles. Estudió en el Seminario de Santo Toribio; es cadete militar en 1819 y entra en las filas de los patriotas, en la Legión Peruana que tuvo por jefe a Guillermo Miller. Asistió a los campos de Ayacucho aunque no a los de Zepita y de Junín, pese a que él lo afirmaba. En 1825 acompañó a Sucre al Alto Perú cuando se dirigía a buscar a Olañeta. En 1827, tiene ya la clase de capitán y pasó a Colombia en el batallón Callao. No asiste a la batalla del Portete de Tarquí por hallarse en la retaguardia.

Mandando un regimiento en el departamento de Ayacucho en 1832, formósele causa por las tropelías, abusos e insubordinaciones que cometió contra el Prefecto, juicio que el Presidente Gamarra mandó cortar, por la protección que le brindaba mas con escarmiento de la moral. Se le halló comprometido en muchas conspiraciones de la época. Siendo edecán de Salaverry y olvidando toda lealtad, tramó en favor de Gamarra y descubierto por aquel, emprendió triste fuga al Callao y se embarcó por ese puerto. Diósele de baja por desertión con documento oficial deshonoroso. Permaneció alejado del país durante los gobiernos de Salaverry y de Santa Cruz.

De nuevo pisa tierra peruana agregado a la expedición de Bulnes. En la batalla de Yungay pelea al frente de una columna de la vanguardia y Gamarra en premio lo elevó primero a Coronel y poco después a General. Investido con este grado, pasa a los departamentos sureños con el título de "Jefe Superior del Sur". En esta expedición lo acompañaron hombres de la peor conducta. Durante sus marchas cometió o dejó cometer, faltas que mancharon el triunfo de la Restauración. Confiscó bienes en Pasco, con secuelas de hurtos y escándalos. En Huancavelica disolvió a las célebres minas de mercurio, con grave atentado a la propiedad. Intervino en el poder judicial y asuntos eclesiásticos en un afán de mando y de predominio. Impuso contribuciones forzosas. Desterró a comarcanos notables; quitó empleos e inflingió a los ajusticiados hasta grillos y otras muchas tropelías. En el Cuzco hizo dar azotes al Director de la Casa de Moneda, porque le negara entregarle cincuenta mil pesos. Y silencio —manifiesta Mendiburu— otros abusos y delitos por no dilatar su exposición. La mala fama fué tal, que los representantes al Congreso de Huancayo, exigieron al Presidente Gamarra, modificase esa situación y su Ministro Ramón Castilla, protestaba por las irregularidades de Torrico, silenciadas y de las que nunca daba cuenta al gobierno. Tales proceder, nada livianos, traen a la memo-

ria, verdaderos retoños deshonestos de la picareza, en nuestro caudillaje militar.

En el período de la Anarquía que generó el desastre de Ingavi, lo vemos alzado contra Menéndez en agosto de 1842 y al chocar con las tropas de Vidal, éste lo venció en Agua Santa el 17 de octubre, tras de cuyo fracaso huiría al extranjero, no de inmediato, sino a consecuencia de los otros desastres que padeció en los departamentos del sur. Exilado estuvo hasta 1844. Castilla durante su primer gobierno, se defendió de los trastornos y discordias que le promovía con astuta saña, descubriéndole una conspiración que abortara y que debió de estallar en febrero de 1849.

Alcanzó tremendo predominio bajo el gobierno de Echenique, fue su ministro general e históricamente es harto conocido que su mala sombra y manejos contribuyeron no poco a la terrible revolución que sacudió al país en los años 53 y 54, que finalizó en el infortunio de La Palma del 5 de enero de 1855. Aunque ya no estaba en el gobierno, la ola persecutoria que siguió a esa derrota, lo hostigó con empeño y refugiado en la Legación Americana su Encargado de Negocios Mr. Clay, le obtuvo pasaporte y salió al extranjero.

Mendiburu finaliza esta biografía en 1857. Se muestra implacable en denunciar la trayectoria oscura de este político, que bien se ve lleva en su pasivo carga poco favorable. El tupido relato que glosamos, más tiene de acusación de fiscal que de serena historia. Los años últimos de Torrico no aparecen, los vivió casi siempre en Europa y fallecería en París el 27 de marzo de 1875. Domingo Vivero, en su Galería de Presidentes, rememora haber sido Torrico hombre de hermosa figura, maneras finas y atrayentes, elegante en el vestir, de fácil palabra y ameno trato.

Manuel Ignacio Vivanco e Iturralde

Los apuntes sobre Vivanco debieron escribirse después de 1873 ya que consigna su muerte. El relato de su juventud, está hecho con animación y viveza a tono con ese período de su vida aventurera y gallarda. Nació en Lima en 1806. Estudió latinidad en el Colegio de El Príncipe. A los quince años ingresa de guardiamarina en la corbeta "La Limeña" a órdenes de Blanco Encalada. No resistiendo las fatigas del mar, luego de una incursión a los puertos Intermedios, pide su traslado a tierra y Torre-Tagle lo nombra, sub-teniente en el batallón Cazadores cuyo jefe era el Coronel Herrera.

En 1823 está al lado de los militares que desconocen a la Junta Gobernadora y se pronuncia en el motín de Balconcillo a favor de Riva-Agüero. De inmediato pasa a Arica, penetró con Santa Cruz a La Paz

y asiste a la batalla de Zepita. Hállase en la desastrosa retirada de Islay y se embarcó al Callao en el navío "Monteagudo", en el cual, desobedeciendo órdenes se amotinó en la travesía. En su continuo guerrear, figura entre los peruanos vencedores de Ayacucho. En 1825 ingresa en el Alto Perú con las huestes patriotas; en 1827 lo tenemos en Piura con el contingente que va a luchar con la Gran Colombia. En ese momento es ya capitán graduado y contaba tan solo 21 años.

En esa época ya se hace visible lo que sería una de las notas más saltantes de su carácter: su fatuidad enseñada en sus pomposos decretos y en otras risibles fanfarronadas. Mendiburu señala muchas anécdotas que lo prueban, entre varias cuenta: "*Vivanco con su vanidad sin límites y supliendo su falta de instrucción científica con una constante lectura, que utilizó con su clara inteligencia, se hizo en su círculo de oficiales que le admiraban y ante el cual era el paladín de las ideas democráticas exageradas que en tono dogmático propagaba dañando a la austeridad de la disciplina*". En esa misma época —cuenta— que odió a Gamarra con virulencia y publicó un periódico en donde hasta lo acusaba de traidor. Mas, a poco sería su ferviente partidario, tanto, que participó en la conjura, que impuso a Bermudez contra Orbegozo.

Pormenoriza su acción que revela ser un continuo esfuerzo para alcanzar el poder, valiéndose siempre de intrigas y conspiraciones, en algunas de las cuales tropieza y fricciona con la oposición de Mendiburu. Aquel su enardecido afán de mando, lo alcanzó en los años turbulentos de la Anarquía, cuando impuso a su régimen que nominó el "Directorio" desde marzo de 1843 hasta su fracaso, en la batalla del Carmen Alto, en donde es batido por Castilla el 17 de junio de 1844.

No cejó nunca en el empeño de mandar. Terció en las elecciones cuando Castilla concluía su período y trató de arrebatar a Echenique la victoria lograda en los comicios. Lo inquietó en su gobierno, más ayudándolo a la postre cayó con él en La Palma. A consecuencia de esa derrota se refugió en Chile, desde cuyo retiro volvió a encender revoluciones. Tuvo mal éxito en la del norte del país, análoga desgracia lo acompañó en el ataque al Callao en abril de 1857 y tras de encastillarse en Arequipa, no la abandonó, hasta que fué tomada en marzo de 1858, con la que finalizaría esa sangrienta guerra civil.

Al producirse la querrela con España, intervino en las negociaciones de arreglo y firmó el poco feliz tratado Vivanco-Pareja, de enero de 1865. Sirvió al gobierno de Pezet y producida su caída emigró de nuevo a Chile. Durante el mandato de José Balta, fué senador de la República por Arequipa e intervino en las obras de ornato que este mandatario hiciera. Sería poco afecto a su sucesor: Manuel Pardo y conspirando en su contra, en una de las que fraguara fué descubierto y como era de costumbre en su peregrinaje político, retornó a Chile, mas esta

vez hallándose en Valparaíso le llegó la muerte en el mes de setiembre de 1873.

Mendiburu, hombre de orden, no le disimula marcada antipatía, bien lo demuestra, cuando cierra el bosquejo de esta vida con frases como las siguientes: *falleció menos por el poder material de una enfermedad, que por una pasión de ánimo exacerbada con sus mismos infortunios y con los desengaños que siempre habían castigado a su ambición. Los venenosos frutos de ésta, fueron siempre: la desmoralización popular y la del ejército, la ruina del erario, el derramamiento inútil de sangre entulando parte de la sociedad y el atraso de todos los ramos; que no pueden progresar sino a la sombra benéfica de la paz.*

Le impidió ver los lados favorables de la compleja figura de Vianco, la tirria que le inspirara sus posturas de fatua y pomposa vanidad. Fué hombre de salón y de academia y escritor brillante. Se inspiró en ideales tanto que tomó por lema de gobierno el de "la Regeneración" que debían de llevar a cabo "los capaces y los cultos" aferrados al orden y a la autoridad vigorosa siguiendo la línea reformista y juvenil que Salaverry trató de imponer y cuyo modelo más eficaz lo daba en Chile: Diego Portales, a quien conoció de cerca en los años de ostracismo vividos en la vecina del sur y en compañía del notable grupo de intelectuales peruanos como Felipe Pardo y Aliaga y Andrés Martínez. Jorge Basadre expresa que simbolizó el vivanquismo, una reacción de las clases altas y educadas, frente al descontento que inspiraba veinte años de caudillaje "estéril, mestizo e ignorante".

BIOGRAFÍAS CORTAS Y TRUNCAS

Incluyo en este apartado, las ocho biografías cortas que Mendiburu dejó incluidas en el grupo de las republicanas y además, las páginas no terminadas que redactó sobre el General Felipe Santiago Salaverry. Les formuló observaciones muy pequeñas y las dispongo siguiendo su orden alfabético.

1) *Juan de Berindoaga Palomares.*— Es la continuación de la que escribiera sobre este personaje en su "Diccionario Colonial". Agrega en forma breve pero con claridad, sus procederes durante la Independencia, hasta su fusilamiento que atribuye —como muchos historiadores— a presiones ejercidas por Bolívar. Oponiéndose, a esta generalizada acusación, Luis Antonio Eguiguren, ha escrito un libro sobre el proceso seguido al Conde de San Donás, en donde muy largamente trata de probar, lo poco fundada que es esta opinión.

2) *Tomás de Heres y Rivero Morín.*— Contiene datos útiles sobre este general venezolano, llegado al Perú en 1819, entre los militares que formaban el Regimiento Numancia, el cual defeccionó del servicio del Rey de España, pasándose a San Martín. Heres hizo cabeza de esta entrega en el cuartel general de los patriotas y allí fue designado como su Coronel. Estando en Guayaquil se enlazó con Bolívar y Sucre, actuando luego, como secretario de éste y hallándose en Lima, intrigó a favor de los colombianos y sus maquinaciones contribuyeron altamente en la caída de Riva-Agüero. Sirvió por un tiempo de secretario interino de Bolívar y durante su predominio en el Perú, desempeñó elevados cargos y misiones, una de las cuales se desarrolló en Chile. A la caída del Libertador cesó en todas sus funciones públicas y retornó a su patria y en Agostura, su ciudad natal murió asesinado en abril de 1842.

En Caracas, en 1942, se publicó una importante biografía sobre este personaje escrita por R. A. Rondón Márques, con el título de "*Heres, el Adusto*". Entre las referencias genealógicas indica: que nació en Angostura, el 18 de Setiembre de 1795 del matrimonio de José Fernández de Heres con María Josefa Rivero Morín, ambos de familias destacadas, pues su padre fué gobernador de la Guayana en 1810 y la madre, hija de Antonio Rivero, Teniente del Real Cuerpo de Artillería de la provincia.

3) *Miguel del Llano Nájera.*— Nos informa muy de ligera sobre este Brigadier oriundo de Guatemala, que Torre-Tagle lo admitió al servicio del Perú. Contribuyó a la entrega de las fragatas "Prueba y Venganza". Se le encomendó una misión diplomática a la República de Guatemala y ejerciéndola le llegó la muerte en el año de 1822.

4) *Manuel María Martínez de Aparicio y Zantalla.*— Natural de Santa Marta. Fué amigo del General Santa Cruz, quién lo introdujo al Perú y se halló en la batalla de Zepita. Disgustado con éste, se fue luego a La Mar. Se batió en las célebres batallas de Junín y de Ayacucho. Fué representante por el departamento de Puno. Confabuló al servicio de la Confederación. Estuvo sucesivamente con Salaverry, Bermudez y Orbegoso. Bajo el régimen de Santa Cruz, fué Prefecto de Lima en 1836 y luciéndose en el espionaje, no dió reposo a los militares peruanos, desafectos al boliviano. Organizó una verdadera inquisición, utilizando todos los medios a su alcance para lograr delaciones. Tras la derrota de Yungay, huyó de Lima y se refugió en Chile, mas en 1841, pudo retornar valido de un salvoconducto. Larga explicación se da en torno a las maniobras y amaños que utilizó el abogado Tirado, en favor del reconocimiento de los servicios militares de Aparicio, que había sido borrado del escalafón. Este proceso fué muy sonado en el época y

Mendiburu, a propósito de este intrigante militar extranjero, inserta reflexiones y se duele que las leyes en el Perú —en muchos casos— se expiden con finalidad única de provechos particulares y no del bien público.

5) *Domingo Nieto Marqués*.— Rememorando el primer aniversario de la muerte de este célebre militar, salió en El Comercio de Lima, con fecha 17 de febrero de 1845, un artículo sin firma en su elogio, que sabemos fué redactado por Mendiburu pues así lo consignan sus "Memorias" aún inéditas. En este escrito de ocasión, recuerda bien a la ligera, su vida y acciones destacadas, mas lo hace con pobreza de estilo. Lo mejor que ofrece, es la silueta moral de Nieto de quien afirma fue: "valiente, buen soldado, franco y generoso. Adornado de muchas cualidades personales, que habrían brillado mucho más en tiempos de orden, de sosiego, de estabilidad, porque los trastornos políticos y las pasiones de los partidos, oscurecen indispensablemente los hechos, turban el curso natural de las cosas y no dejan conocer el verdadero carácter y espíritu de los hombres".

6) *Felipe Santiago Salaverry y del Solar*.— Nació en Lima el 3 de mayo de 1806. Hijo del vizcaíno Felipe Santiago Salaverry, esposo de Micaela del Solar Cueva y Estrada. Las breves páginas del ensayo trunco que sobre este personaje dejó Mendiburu, poco añaden a la extensa obra que sobre este héroe editó en Lima en 1853, el chileno Manuel Bilbao con el título de "Historia del General Salaverry".

Rememora su educación, su carácter resuelto y altivo, su imaginación volcánica muy aparte del sereno juicio y reflexión madurada, pese a que le adornaba clara inteligencia. Niño, a los quince años, se enroló en el ejército al lado de San Martín. Actuó en las dos campañas de Intermedios, en las batallas de Junín y de Ayacucho y en las del Alto Perú. Adquiere resonancia en abril de 1828, al destrozarse la sublevación que encabezó el Coronel Alejandro Huavique, cuando con extraordinario denuedo le dió muerte en singular duelo. El hecho le valió su ascenso a Teniente Coronel. Pasó a la campaña de Colombia y se bate con arrojo en el Portete de Tarqui. Poco después el Gobierno lo nombró Prefecto en Tacna.

En 1832 se patentiza su ambición de mando; pretendió sublevar al Castillo de la Independencia y denunciado oportunamente, se le confinó después de juicio a Mainas, al año siguiente se adueña de las tropas que lo custodian, las guía a la costa, se subleva en Trujillo contra Gamarra, quien envía en su contra al entonces Coronel Vidal, y éste lo anula en el combate de la "Garita de Moche". El manuscrito de Mendiburu, no pasa del año 1834, en el cual se produjo la revolución del 3 de enero a favor de Bermúdez. Salaverry, apoderándose del batallón

Zepita, se declara en el norte su enemigo y a favor de Orbegoso y éste en premio lo gradúa Coronel. Ayudándolo, continuó las operaciones hasta penetrar en el valle de Jauja por Pasco, lo que permitió que Orbegoso lo ocupara. El relato se detiene en el combate de Huaylacucho que perdió Orbegoso y alude al Abrazo de Maquinguayo (24 de mayo de 1834) calificado por la crónica de vergonzoso.

Falta el año esencial de la vida de Salaverry, (1835), desde la sublevación en el Callao (23 de febrero), hasta la trágica derrota en Socabaya (de 7 de febrero de 1836) a consecuencia de la cual, Santa Cruz lo fusila en la plaza de Arequipa, junto con nueve compañeros condenados a muerte y tan solo once días después de aquel desastre.

7) *Francisco Salazar y Carrillo*.— Es un breve apunte del mismo corte de los muchísimos que tejiera para su "Diccionario Colonial". Era Caballero Calatravo, nacido en Lima en noviembre de 1767 e hijo del que fuera Alcalde ordinario en 1756. Don José Rafael Salazar y Traslaviña, casado dos veces, la segunda con María Josefa Carrillo. Desempeñó la Gobernación de Huarochiri y el Virrey Pezuela lo designó Comandante General de la costa. Pasado al bando de los patriotas, San Martín, lo designó como General de Brigada del ejército en 1821. Comisionado a Guayaquil en 1822, allí tramó con éxito el que las fragatas españolas "Prueba y Venganza" capitulasen a favor de los patriotas. Al año siguiente Riva-Agüero lo tuvo a su lado en calidad de su Ministro de Guerra y Marina y diversos otros cargos. Fue amigo del Libertador Bolívar y ejerciendo éste su Dictadura falleció en la capital el 28 de febrero de 1826.

8) *Juan José Salazar y Carrillo*.— Hermano del anterior y nacido en Lima en junio de 1772. En su juventud fué Capitán de Milicias en el Regimiento de la Caballería de Cañete. Ganado por la causa Libertadora, se unió a San Martín. Fué Cónsul del Tribunal del Consulado de 1822 a 1825, Ministro de Hacienda durante el régimen Bolívariano, cuando Hipólito Unanue, Vice-Presidente del Consejo de Gobierno, se encargó del mando por viaje de Bolívar al sur y por ausencia del Presidente del Consejo: General La Mar. Fué también Ministro de Guerra y ocupó otros elevados cargos, entre ellos: Prefecto de Lima en octubre de 1833, al producirse en enero del siguiente, la usurpación por el General Bermudez de la primera magistratura y en vez de desligarse de tal proceder se vinculó con el caudillo sirviéndolo como su Ministro de Guerra.

Tal actitud y luego la de plegarse a Salaverry, le ocasionarían gravísimos disgustos. Se vió arrestado, sometido a juicio y a la inquina personal y despiadada de Orbegoso, la que se manifestó en toda su virulencia durante las agitaciones populares de enero de 1836 al adueñar-

se Orbegoso de la capital, aprovechando hallarse Salaverry combatiendo en el sur al ejército de Santa Cruz. Su casa fué asaltada varias veces, su familia padeció inminentes peligros y toda clase de injurias del populacho incitado en su contra. En una de las fugas por los techos de su casa, llevando a un nieto, fué tanta su angustia que la razón se le quedó alterada, enfermedad de la que nunca se recobraría completamente. Daban como motivo de las venganzas que contra Salazar se ejercitaron, el ser suegro del entonces Coronel Ildelfonso Coloma, vinculado suponían, al fusilamiento del General Francisco Valle-Riestra. Durante los años de la Confederación se vió proscrito y desposeído de su graduación militar la que recobró a raíz de la victoria de Yungay. Falleció a lo setenta años el 30 de setiembre de 1844.

9) *José Pascual Vivero Salaberria*.— Marino español con distinguida acción militar en Europa. Nació en Sevilla el 21 de mayo de 1762. En viaje al Nuevo Continente cruzó el estrecho de Magallanes al frente de los bergantines "El Peruano y La Limeña". Alcanza las costas del Virreinato en la época de Gil y Lemus en 1795, luciendo el grado de Teniente de Navío. En 1801, durante el gobierno de Avilés, establece la Capitanía y Comandancia del Callao. En 1804 es jefe militar del puerto y un año después del Apostadero. En 1812 es elevado a Capitán de Navío y en 1816 parte a Chuquisaca como Presidente interino de esa Audiencia. Por sus méritos, es ascendido a Brigadier de la Real Armada en 1818 y al siguiente el Virrey Pezuela lo hace Jefe político y militar de Guayaquil. Depuesto por la sublevación de los patriotas, lo trasladan a Huaura en donde el San Martín le concedió la libertad. Su vida posterior se distingue por gestos de nobleza y de hidalguía verdaderamente notables. Vivió en el Perú hasta su muerte ocurrida el 14 de marzo de 1834. Estuvo casado con Luisa Morales, de la que tuvo larga descendencia.

ANEXOS

Se publican como anexos los catorce documentos que se han hallado entre los papeles que acopió Mendiburu para escribir la biografía del Mariscal José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete, nacido en Lima el 3 de mayo de 1783 y fallecido en la misma al cumplir los 75 de edad, el 21 del citado mes de 1858. Los documentos que hemos numerado para facilidad de su manejo son los siguientes:

- 1.— Resumen de la historia del proceso y causa seguida contra Riva-Agüero, iniciada el 24 de febrero de 1825 y cuyos diversos inci-

- dentes van hasta 1834. Son redactados por Mendiburu y no finalizan, puesto que se indica: Véase lo hecho por Orbegozo.
- 2.— Dictamen del Presidente Vidaurre para que se cortara la causa, de 7 de noviembre de 1826. Nota de José María de Pando; opinión del Fiscal Villarán y resolución del Tribunal, para que se archivara todo lo actuado, hasta el 26 de noviembre de 1826.
 - 3.— Apuntes sacados de lo que relata sobre Riva-Agüero, García Camba en sus Memorias para la Historia de las Armas Españolas en el Perú" (Madrid edición de 1846. Tomo II, páginas 79 y ss.).
 - 4.— Nombramientos de Senadores que hizo el Mariscal Riva-Agüero, por Decreto dictado en Trujillo el 19 de julio de 1823.
 - 5.— Documento reservado remitido al Congreso que acusa a Riva-Agüero, de fecha 9 de agosto de 1823 y que firma José Bernardo Tagle. Dictámenes de Galdeano y de Colmenares. Carta de Tagle al Juez del Congreso Dr. Gregorio Luna y comunicación que firman: José Pezet y José Rafael Miranda.
 - 6.— Lista de los documentos desglosados del cuaderno N° 3 a mérito del auto de 15 de setiembre de 1836 y entregados al Mariscal José de la Riva-Agüero.
 - 7.— Acta de la sesión secreta del Congreso del 18 de setiembre de 1823 en torno a los planes secretos del Mariscal Riva-Agüero.
 - 8.— Decreto que dictó Riva-Agüero desde Trujillo el 19 de julio de 1823 en donde se establece el Senado de la República, compuesto de diez vocales.
 - 9.— Decreto dictado en Trujillo a 21 de julio de 1823 el que nominó a Nicolás de Aranibar Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores.
 - 10.— Nombramiento de Presidente del Departamento de la Costa a favor del General Ramón Herrera, por vacancia del Coronel Francisco Zárate y según Decreto dictado en Trujillo a 25 de julio de 1823.
 - 11.— Carta que remite Riva-Agüero a su amigo Manuel de Mendiburu, fechada en Lima a 19 de diciembre de 1855. En respuesta a los datos solicitados por Mendiburu, sobre pormenores de su vida pública, el Mariscal le responde que le informará tan solo sobre lo que le acaeció antes de producirse la Independencia.
 - 12.— Nota que debe de incluirse en el suplemento de la Memoria de Ambéres con relación a una proclama apócrifa impresa en Guayaquil y comentada por el periódico "El Ruiseñor".
 - 13.— Carta de Riva-Agüero en Santiago a 3 de febrero de 1829 al Ministro de Estado en el Despacho de Gobierno y con relación a la proclama apócrifa.

- 14.— Texto de la proclama apócrifa y que la fecharon como dictada desde Santiago de Chile a 12 de setiembre de 1828. Incluye como notas 22 comentarios insultantes. Está inserta en el periódico de Guayaquil "El Ruiseñor" N° 24 del 23 de octubre de 1828.
- 15.— Copia del oficio que el Prefecto de Tacna, Manuel de Mendiburu, fechado en Tacna a 7 de marzo de 1842, dirigió al Sub-Prefecto y Comandante Militar de la Provincia de Moquegua y que para su conocimiento transcribió al Gral. Domingo Nieto, Comandante General de los departamentos de Arequipa y Moquegua. (Este Documento está tomado del Archivo del General Domingo Nieto, que posee Félix Denegri Luna).

Lima, 1962.